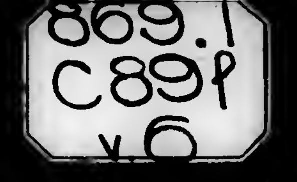

869.1
C89p
v.6



3



LIT. HERMENEGILDO MIRALLES - BARCELONA

Chucho el Ninfo.

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS DE COSTUMBRES MEXICANAS

artículos y poesías de

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

Ilustradas con grabados y cromolitografías.

TOMO VI

BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE HERMENEGILDO MIRALLES
59 — BAILÉN — 59
1890

LA LINTERNA MÁGICA
SEGUNDA ÉPOCA

HISTORIA DE CHUCHO EL NINFO

ESCRITA POR

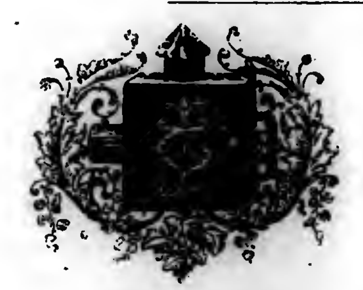
FACUNDO

(1871)

Con datos auténticos, debidos á indiscreciones femeniles (de las que el autor se huelga)

TOMO II

Al deleite se arroja
Necia la juventud: viento bravío
De flores la despoja;
Y en su follaje umbrío
Busca, y no halla provechos el estío.
Casimiro Collado.



BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE HERMENEGILDO MIRALLES
59 — BAILÉN — 59
1890



CHUCHO EL NINFO

CAPITULO I.

Perez ó un amor desgraciado.

A las diez de la noche, la casa de Elena presentaba un conjunto de los más animados.

Desde la puerta de la calle adornaban cornisas, pilares, puertas y corredores, gran número de farolitos de colores. El corredor era un completo jardin veneciano y la sala del baile, si no presentaba el conjunto severo del buen

gusto y la elegancia, sí ofrecía á los concurrentes alfombra, si bien añadida y completada como capa de pobre; asientos, si bien mosaico churrigueresco digno de un remate; y luz, si bien vertida ora por quinqués alimentados con aceite, ora por velas de esperma, pues por entonces ni la estearina, ni el gas de trementina, ni el petróleo iluminaban todavía los salones.

Elena, como lo había notado muy bien Perez, estaba encantadora; y porque el lector no nos tache de inconsecuentes por haberle hecho conocer á Elena de un modo y hacerla pasar hoy por una metamórfosis violenta; daremos el por qué de esta transformación.

Elena como dijimos muy bien, no era bonita, pero tenía dotes de un valor intrínseco; dotes de esas que pueden pasar desapercibidas para un pollo

atronado, pero que en manera alguna se escapan á la profunda é investigadora mirada de un gallo viejo.

El mismo Perez no había descubierto los hechizos de Elena, sino cuando ésta, abandonando su crisálida de los dias de trabajo, se le había exhibido en el baile del 24, en las boleras y dando á luz aquellos piesecitos color de cielo.

El coronel, más esperto y avezado cazador, había explorado el campo con su primera mirada, y al primer golpe de vista había sabido estimar convenientemente desde los hoyitos de las manos de Elena, hasta lo aéreo y fino de sus pequeños pies.

Adivinó Aguado la tersura de la piel y la morbidez de los contornos, con la misma precisión con que había solido explorar si el enemigo carecía de bagajes y municiones, ó si estaba montado en regla para el ataque.

De manera que, lo que para Perez había sido obra del tiempo y la casualidad, para Aguado fué un golpe de ojo verdaderamente de pillo.

El pobre de Perez había acertado á doblar la rodilla en mal momento.

La misma Elena conocía en su interior, que Perez se había dormido.

En materia de homenajes de amor, la muger es sensible al desperdicio.

A las diez y medía se presentó el coronel Aguado de riguroso uniforme, acompañado del teniente coronel, del mayor, de dos capitanes, y otros oficiales subalternos.

La música del cuerpo de Aguado colocada en el patio de la casa, tocaba á la sazón la marcha de Norma; lo cual le dió á la entrada del coronel cierta solemnidad.

Al pisar el salón, algunas personas se pusieron en pié; movimiento que fué

seguido hasta por algunas señoras, para quienes las reglas de etiqueta eran poco familiares.

Esto acabó de darle á aquel acto cierto carácter oficial.

Aguado antes de hacer un saludo general, se adelantó seguido de sus oficiales, hácia el lugar en que estaba Elena, atravesando el salon; le dió la mano inclinándose cortesmente y presentó á sus oficiales.

Estos hicieron á Elena un saludo militarmente cortés, y Aguado enseguida se volvió para saludar á la concurrencia y en derechura pasó después á saludar á Perez que permanecía de pié, erguido, metido en el frac de Zarricolea y proyectando en la pared la silueta de una pirámide truncada con la sombra de su rizada cabellera.

—Muy bien, amigote; se ha portado usted admirablemente, debe usted haber trabajado mucho.

—Sí, señor coronel, respondió Perez, mostrando su blanca dentadura, pero dejando percibir no obstante cierto fondo de tristeza amarga.

—Supongo, continuó el coronel que se habrá nombrado un bastonero.

—No, no señor, todavía no

—¿No se ha bailado nada?

—Esperaban á usted para romper el baile, dijo una vieja que estaba próxima y rebosando júbilo.

—Perez es muy á propósito para bastonero, dijo Pablito que acababa de entrar.

—¡Eso es! esclamó el coronel, vamos, amigote, á bailar cuadrillas.

—¡Cuadrillas! gritó Perez.

Aguado se paró en primera con Elena.

Los oficiales le imitaron, tomando sus compañeras.

Y comenzó el baile.

Perez había cuidado de hacer pareja con Elena y Aguado para colocarse en paralelas con el enemigo.

Esto contrarió á Elena porque la puso á dos fuegos; pero en estas asonadas de amor lo reñido y lo complicado suele ser el platillo más confortable.

El baile es el protector natural de los amantes; Aguado sabía tomar sus posiciones con admirable maestría.

Perez contaba los compases de las cuadrillas, sin descuidar á Elena, á quien le apretaba la mano en cada media cadena y en cada cola de gato.

Estas suaves presiones estaban representando en las manos de Elena el papel de telégrafo electro-magnético.

El apretón de Perez era la corroboración de su hincada en el tocador, y el apretón del coronel, era el recuerdo de sus esplendideces.

Aguado supo decir al oido de Ele-

na algunas frases apasionadas, que Elena recibía como al que le cae algo de arriba. No podía combatir, ni rehusar, ni discutir.

El coronel tenía el tino de no hacer preguntas. Avanzaba sin consultar al enemigo.

Elena temía hacer una barbaridad rehusando los galanteos del coronel.

Después de las cuadrillas circularon por la sala algunas charolas con copas y en el comedor se formó una tertulia de buenos bebedores, á cuya cabeza estaba Aguado.

Perez encontró muy natural ofrecer una copa al coronel, para darle á probar un rom de Jamaica esquisito.

—Soy costeño, amigote, y he bebido á bordo.

Perez abrió los ojos temiendo haber hecho una barbaridad.

—El rom lo tomo en vaso, amigo

Perez; esas copitas son para las señoras. Vengan dos vasos.

Un criado presentó dos vasos al coronel.

Este tomó la botella de rom y sirvió dos medios vasos.

—Así se brinda amigo Perez.

—Pero señor...

—No hay que andarse con melindres, ¿somos amigos?

—Tengo el honor...

—Pues á beber, amigo. Por la salud de usted, amigo Perez.

El coronel apuró su vaso y Perez dió un trago y lo apartó de sus lábios.

—Un día, continuó el coronel tuve un desafío con un marino por un desaire semejate.

Y señaló el rom que Perez había dejado.

—Yo lo tomo en dos tiempos, se apresuró á decir Perez.

—¡Ah!

—Es para catarlo.

—Bueno, hombre, bueno, se conoce que es usted de los míos. Yo no lo caté, porqué como usted me lo ofrecía supuse que era bueno, como en efecto lo es.

Perez apuró el resto del rom á trueque de sentir una corriente de lava candente en el exófago.

Bailáronse algunas piezas más, y á las doce en punto Elena invitó á la concurrencia á presenciar *la acostada del Niño*.

Se encendieron velas de cera, y previas las oraciones de costumbre, Elena colocó un Niño Dios de cera en el pesebre, á cuyo acto siguió una salva de cohetes y una diana tocada por la música militar.

Acto contínuo, la concurrencia pasó al comedor. Aguado rompió la marcha

conduciendo á Elena, después seguían los oficiales llevando otras señoras, y Perez como se lo estaba temiendo, á fuer de galante y obsequioso se quedó sin asiento.

Perez perdía terreno á su pesar.

Aquel jardin improvisado presentaba un aspecto verdaderamente encantador; y para que el lector se forme una idea de la concurencia que ocupapaba la mesa, diremos que Aguado y Elena ocupaban la cabecera, seguian á derecha é izquierda algunos oficiales del cuerpo acompañando á algunas jóvenes convidadas aquella noche y que por primera vez formaban parte de la reunión.

Hubiera notado allí el observador en el conjunto heterogéneo de la fiesta, á las hijas de un señor magistrado junto á las incultas sobrinas del señor cura de la Santa Veracruz; á la vecina

relamida y ordinaria, vestida de prestado aquella noche, junto á unas señoras que habían entrado al baile por equivocación, pues no era allí á donde estaban convidadas; y unas y otras concurrentes confundidas con algunas niñas de esas que viven solas y que eran conociditas de algunos de los oficiales presentes.

En cuanto á los hombres figuraban al lado de Pablito, (quien había ya disculpado á su familia con Elena) el platero de la esquina, el dependiente del juzgado, cuatro ó seis pollos de los que nunca faltan en parvada á todos los bailes, el cobrador de la casa, dos empleados, un dueño de pulquerias, los españoles del empeño de la otra calle, y finalmente, un número respetable de viejas, tias y mamás, troncos de aquellas ramas.

En aquella reunión en que no se co-

nocían los unos á los otros, reinó al principio el encogimiento y la reserva, y en seguida el desórden; pero nunca la cordialidad.

En cuanto á la cena se contaba que había ocho clases de pescados, la consabida ensalada de Nochebuena, compuesta de veinticuatro ingredientes, y el nacional *revoltijo* con pencas tiernas de nopal desmenuzadas.

En una cena de Nochebuena es de rigor tener un apetito decidido; circunstancia que la concurrencia no tardó en poner de manifiesto, haciendo todos los honores á la cocinera.

Perez, en vez de saciar el apetito de que tambien no carecia, empezaba á sentir que el rom es una bebida muy fuerte.

—¡Ha visto usted cosa! decía Perez á un señor que se encontró al paso; sabe usted, señor, que el rom es una

bebida muy fuerte? ¡qué cosa tan estraña! oiga usted, señor esto es un hecho; el rom es una bebida muy fuerte. El coronel me invitó á tomar, y ¡cosa más extraordinaria!... yo... porque oiga usted, señor, el rom es una bebida muy fuerte.

Un resto de juicio le hizo notar á Perez que estaba repitiendo una misma cosa sin poderlo evitar y sintió un pesar verdaderamente profundo; iba á ahogar su mundo de ilusiones, su Nochebuena, su frac de Zarricolea, sus rizos y su chaleco blanco, su conquista, su amor y su poesía, en un poco de rom!...—¡Infame coronel! tal vez lo hizo de intento para descartarse de mí.

—El interlocutor de Perez había desaparecido y Perez terminaba á solas cada período de su monólogo, con la muletilla de que el rom es una bebida muy fuerte.

La cena se prolongó hasta cerca de las tres de la mañana, pues hallándose Aguado y Elena bastante complacidos no pensaban en levantarse de la mesa. Entre tanto, Perez cenaba parado, é intentaba formalmente persuadirse de que un plato de revoltijo acallaría los estragos del rom, si bien con grave riesgo de la pureza columbina de su chaleco blanco.

En efecto, el empellón de un criado resolvió este peligro y el chaleco blanco de Perez se tiñó de revoltijo.

—Un herido! gritó un oficial.

—Quién es? preguntó otro.

—El señor Perez.

—Cómo!

—Dónde tiene la herida?

—En el corazón, dijo un chusco.

Todas las miradas se fijaron en el chaleco de Perez que ostentaba un chorreón de chile en el lado izquierdo.

Una carcajada general acabó de poner á Perez en un predicamento ridículo.

—Aguado pensó que el revoltijo había completado la obra del rom, y dirijiéndose á Elena le dijo:

—¡Cuánto me gusta el revoltijo!

—¡Que malo es usted!

Para Perez no era, no obstante, tan fuerte el rom que le hubiera impedido probar toda la amargura de su situación.

—La cocinera, dijo un oficial, opina que la herida del señor Perez es de las más honrosas.

—Por lo ménos, agregó otro, ha sido recibida en el campo del honor, como digno combatiente.

Perez prescindió de seguír cenando, y medio oculto en un naranjo se ocupó de sostener una larga mirada de tigre dirijida al coronel y á Elena que coqueteaban espantosamente.

Al pié de aquel naranjo concibió Perez un pensamiento.

—Voy á darle celos á Elena, me vengaré; voy á despreciarla y á probarle que á nadie le falta quien.....

A Perez le parecía este un pensamiento salvador y dirijió una mirada en torno suyo hasta que se fijó en una jóvén muy rubicunda y que hablaba muy recio; le pareció bonita, amable y bien vestida, y abrochándose el frac de Zarricolea para cubrir la herida honrosa, se dirigió á la señora de su pensamiento.

Oyó que le decían Lola.

—Lolita, dijo acercándosele; tiene la bondad de tomar esta copita á mi salud?

—Áh! dijo Lola, yo creía que me iba usted á ofrecer revoltijo.

Los oficiales rieron de buena gana, y Perez se cortó. Estaba de malas.

Perez comprendió que era necesario hacerse á las armas, y continuó:

—Efectivamente es revoltijo.

—Ah! pues entonces no lo tomo, porque se me sube.

—Quiero decir, en esta copa está revuelto el vino con el amor.

—De quién?

—Mio.

—Y quiere usted que me lo beba?

—Sí, señorita.

—Y si me enamoro de usted?

—Me hará usted el más feliz de los hombres.

—Ay! señor Perez; pero temo que á mí no me suceda lo mismo, porque soy muy desgraciada en amores.

Perez insistió hasta lograr que Lola bebiese, y se consagró á galantearla.

Se bailó en seguida, y Perez se apoderó de Lola; pero no había visto á un oficial que hacía tiempo no le quitaba la vista.

Perez no se ocupaba más que de Lola; y de vez en cuando procuraba observar si esto hacia algún efecto en Elena.

Al pasar junto á ella bailando, Perez le dijo á Lola de manera que Elena lo oyese:

—La adoro á usted.

Resonó en sala una argentina carcajada de Elena, y á Perez le zumbaron los oídos.

No bien hubo sentado á Lola, el oficial celoso se acercó á Perez y le dijo:

—Dispense usted, caballero..... ¿Se sirve usted acompañarme?

—A donde usted guste; á beber? estoy á sus órdenes.

Y siguió al oficial.

Pero éste, en vez de tomar la dirección del comedor, tomó la de la escalera. Perez pensó que por todas partes se vá á Roma y siguió al oficial.

Cuando estuvieron en el patio, Perez sintió que el mundo se le vino encima, y en seguida que él se caía sobre el mundo.

Acababa de recibir una bolea en el ojo izquierdo, que le hizo caer en tierra, después sintió algunas patadas por via de apéndice, y se quedó pensando que el rom es una bebida muy fuerte.

El oficial, que afortunadamente no había visto ni sentido, volvió á la sala disimulando lo mejor que pudo su emoción.

Aguado había enarbolado ya el pabellón del triunfo. Elena estaba suave como un guante, y se trataba ya con cierto calor y seguridad de proyectos para el porvenir, de la carrera de Chucho, de cambiar de habitación y de otra porción de cosas.

La animación del baile había llegado á su colmo y reinaba ya la franqueza

y la espansión en todos los convidados, quienes convenian simultáneamente en que el baile se había puesto bonito de repente.

—¿Y Perez? preguntó uno.

—Se fué á acostar, contestaron.

Efectivamente Perez estaba acostado sobre las piedras del patio y dormía; pero con la sustancial diferencia de que no se había ido á acostar, sino que lo habían acostado.

A las cinco de la mañana Perez apareció en la sala con su frac de Zarricolea revolcado, y ostentando un chichón en un ojo.

Ya Aguado y los oficiales habían desaparecido, y á Elena no se la podía hablar porque se había recogido.

Perez se acostó sobre un sofá y continuó su sueño comenzado en el patio



CAPÍTULO II.

De como se confecciona en regia un matrimonio.

DESDE el 25 de Diciembre la marcha de los acontecimientos que llevamos referidos cambió esencialmente.

Aguado llegó á ser en Elena un elemento indestructible. Aguado había tenido el tino de apoderarse de la situación de Elena de una manera irrevocable.

Elena empezó por conceder al coronel una noche de posadas, y desde el momento en que Elena recibió el primer obsequio puso los piés en una

pendiente resbaladiza sobre la que ya no pudo retroceder.

Elena no hubiera elegido nunca á Aguado como amante, y más podemos decir todavía, no lo amaba; pero hay hombres que saben ejercer un dominio absoluto y que sin tener precisamente el poder de fascinar, son irresistibles en fuerza de ser galantes.

Aguado asedió la plaza por todos los flancos, se apoderó de lo más caro para Elena: del porvenir de su hijo.

Halhagó la pasión más peligrosa de la muger: la vanidad.

Puso en juego el medio universalmente reconocido como infalible: la prodigalidad.

Elena objetó el escándalo de los vecinos.

El coronel hizo mudar de habitación á Elena á los tres días del baile.

Elena quiso poner por medio y pré-

viamente el trato familiar, el tiempo, la reflexión.

Aguado no exigió nada, y concedió todo.

Elena se creía ya relegada al olvido.

Aguado la sacó á la luz.

Elena era pobre.

Aguado la hizo rica.

Elena, en fin, en el cerco que le tendió Aguado no pudo encontrar un solo punto vulnerable.

El éxito debía ser este:

Rendirse á discreción.

En cuanto á Perez, debemos decir que el sol del 25 lo encontró triste como á Job, y tan resignado como aquel santo varón.

Lo primero que Perez se vió al despertar fué el chorreón de chile en el chaleco blanco; y lo primero que se tocó fué la frente, abultada y deforme por un soberbio chichón

Perez se contempló al espejo y escudriñó con profunda tristeza los colores azul, morado, verde y amarillo de su ojo izquierdo, resultándole del exámen de este iris epidérmico la convicción de que la bolea había sido de la mejor calidad.

La segunda reflexión de Perez acerca de aquella desgracia fué todavía más triste.

No se acordaba á quien le debía aquel favor.

Y Perez repitió en el goce de todas sus facultades lo que tantas veces había repetido ébrio: el rom es una bebida muy fuerte.

No teniendo otra conclusión más lógica ni más adecuada á la situación, tomó su sombrero y abandonó aquel salón medio oscuro, lanzando un profundo suspiro.

Perez tambien se habia rendido á discreción.

Bástale al lector lo expuesto como base del primer cambio importante y trascendental en la vida de Chucho el Ninfo, quien al sentar plaza de soldado en el cuerpo de Aguado, comenzó á percibir sus haberes íntegros; fortuna que le proporcionaba la ventaja de enseñarse á pródigo y desperdiciado; pero dejemos á Chucho el Ninfo hacer carrera, pues nadie podrá poner en duda la rapidez de sus ascensos militares, y volvamos á ocuparnos de los amores de Mercedes y Cárlos.

Desde el momento en que Cárlos tocó el resorte de la autoridad pública decidió de su suerte y de la de Merced, y por medio de los trámites conocidos y no menos embarazosos y molestos, llegaron las cosas á la inevitable resolución del casamiento.

Don Pedro María y doña Rosario se resignaron, evitándose el desagrado de

separarse de Mercedes por medio de una providencia oficial de depósito, y se determinó que el matrimonio se verificara en paz.

Hubo serias controversias sobre si la ceremonia debía tener lugar en la casa ó en la Parroquia, y esta cuestión mantuvo por algunos días la discusión en la casa de don Pedro María, hasta que por fin don Pedro, con la intervención del padre Martinez, del padre procurador de la Merced y del señor cura de San Pablo dispusieron que todo se hiciera en la iglesia de la Merced, prévias las disposiciones y trámites eclesiásticos conducentes.

—Porque... decía don Pedro, si la ceremonia es en casa, cate usted que tenemos el inconveniente de los convidados; y á la verdad no estamos para bailecito ni cosa que lo valga.

—Ya se vé, señor don Pedro María

¡qué bailecito ni que calabazas! dijo el padre Martinez.

—Si la cosa es en la Parroquia, resulta un matrimonio de pacotilla, como el de los pobrecitos; y á Dios gracias, todavía no estamos en estado tan lastimoso.

—Y sobre todo, decía doña Rosario, si la ceremonia fuera en la Parroquia, esto influiría para que el novio viera mañana á mi hija sobre poco más ó menos; y eso sí que no, porque ya que tengo la desgracia de darle mi hija á ese...

—Vamos, muger, vamos, vamos! dijo D. Pedro cariñosamente.

—Pues sí, pues sí, repetía doña Rosario, que al menos se haga la cosa con decoro y con decencia.

—De modo y manera, repitió don Pedro, que la dada de manos y la velación será todo junto.

—Todo junto; repitió doña Rosario.

—Todo junto á las cuatro de la mañana en la iglesia de la Merced.

—En el altar mayor por supuesto, dijo doña Rosario.

—Mira, muger: yo desearía que fuese en el de mi Castísimo Patriarca.

—En ese caso en el de la Purísima Concepción de María, dijo doña Rosario; porque tratándose de casamiento... ¿no le parece á usted padre Martinez? decía yo que en el de la Purísima Con cepción.

—En el que ustedes gusten, dijo el padre procurador; en cualquiera que sea, yo mandaré poner los blandones grandes, los atriles dorados á fuego, los ornamentos blancos, se pondrán cojines de terciopelo para los novios y se encenderá bastante cera.

—Y que, ¿no sería bueno padre pro-

curador, dijo doña Rosario, que se tocara el órgano?

—No veo inconveniete, se tocará el órgano.

—Veremos á Guzman.

—Mejor á D. Manuel, D. Manuel es profesor.

—Pues á D. Manuel.

—De modo y manera, interrumpió D. Pedro María, que á las cuatro de la mañana...

—O á las tres, dijo doña Rosario.

—Es muy temprano, muger.

—Al mal paso, darle prisa.

—No empieces, no empieces, por el amor de Dios. Pues como decía á las cuatro de la mañana, estarán aquí los coches.

—Porque aunque está tan cerca..... dijo el padre procurador.

—¿A pié? exclamó doña Rosario. ¿Mi hija á pié? no lo permita la cruz de

mi rosario. Padre procurador mi hija no iría á pié á la iglesia, ni por una de estas nueve cosas; que si conforme está la iglesia á cien pasos estuviera á uno, mi hija subiría al coche y se volvería á bajar, pero no iría á pié.

—No quise decir... dijo el padre procurador avergonzado.

- No, padre, ya que la damos, que sea como Dios manda, que al fin ¡quién sabe que clase de vida se le espera á la hija de mis entrañas!

Y doña Rosario se soltó llorando.

— ¡Si acabaré mi cuento! dijo D. Pedro María.

—Siga usted.

—De modo y manera que á las cuatro, sí señor, á las cuatro estarán aquí los coches; usted padre procurador, y el señor cura se entienden con su iglesia y con su altar, etc. etc.

—Por supuesto.

—Y oiga usted, sería bueno poner la colgadura de terciopelo, eso le daría á la cosa un aspecto como más severo...

—Me parece muy bien, se pondrá la cortina de terciopelo: mañana mismo mandaré que la recorran, porque está un poco usada.

—Bueno, pero no se le conoce; de modo y manera que á las cuatro montamos en los coches y allá nos esperan ustedes y. . ahora verá usted, somos... los novios, dos... padrino y madrina, cuatro; mi mujer y yo, seis... Angelita y Pablito ocho.

—Y Perez nueve, dijo doña Rosario enjugándose las lágrimas.

—¡Eso es! dijo don Pedro María, el bueno de Perez. Como que tambien está apesadumbrado.

—No sé lo que le he notado en los ojos, dijo el señor cura.

—Es una inflamación, dijo doña Rosario.

—De facto, dijo D. Pedro María ¡pobre Perez! De modo y manera que somos nueve personas.

No, ¡que estás diciendo! dijo doña Rosario ¿y mi compadre, y los tíos de la niña y las criadas? sí, las criadas; porque toda la cocina está alborotadísima; todas quieren ir, me lo han pedido con las lágrimas en los ojos ¡pobrecitas.

—Pues que vaya toda la cocina muger, no hay quien se oponga. ¿De modo y manera, que somos quinientos, padre procurador!

—No le hace, la iglesia es grande.

—Bueno, conque se casan ¿y luego...?

—Eso es lo mismo que yo digo, y luego...

—Porque, oigan ustedes, ese paso es fuerte.

—Es fuerte.

—La separación...

—La separación.

—Eso...

—Porque irse uno escurriendo...

—Nada más natural, dijo el padre Martinez, en la puerta de la iglesia se despiden, les echan ustedes la bendición, los novios y los padrinos parten en su coche, y ustedes se vuelven á su casa.

—Eso está muy bueno para dicho, pero calcule usted, como será esa vuelta! dijo doña Rosario.

—Sea todo por el amor de Dios, exclamó D. Pedro María; ¡como ha de ser, señor! ¡como ha de ser!

Esta y otras por este estilo, fueron las conversaciones de la casa de don Pedro María.



CAPÍTULO III.

La luna de miel.

Al recorrer la historía de Chucho el Ninfo; nos hemos encontrado un período de tiempo en el que, bien poco ó ningun interés ofrecen los acontecimientos relativos á nuestro héroe.

Efectivamente, hay una edad en los niños que las gentes llaman *fastidiosa*, la que por lo general se presta poco al estudio del novelista, y esta consideración nos ha inducido á trazar á grandes rasgos los acontecimientos que tuvieron lugar en ese período; y sin

soltar el hilo de cada uno de nuestros personajes llegaremos á la época en que Chucho el Ninfo, ya en su calidad de pollo nos ofrezca, si no sabroso, al menos abundoso pasto á nuestras habladurías y maledicencias.

En la casa de D. Pedro María todo se hizo segun habían tenido á bien convenir los señores graves; porque don Pedro, por quitarse ya de calentamientos de cabeza, quería á todo trance salir de aquel asunto, cuyos resultados ponía en manos, según el mismo decía, de la divina Providencia y bajo la protección y amparo de Nuestra Madre Santísima de la Merced.

Después de la presentación y pedimiento del novio, una noche se presentó el señor cura en la casa de D. Pedro María para comunicar á Mercedes oficialmente los deseos de Cárlos, recabar el consentimiento paterno y llenar to-

dos los requisitos del contrato matrimonial, ageno por entonces de toda intervención civil.

Aquella noche fué lúgubre para la familia de D. Pedro María, porque ocho días después debía celebrarse el matrimonio.

—En la manera de casarse decía doña Rosario, se conoce á la gente decente; y eso de esperar tres domingos mortales, en los cuales publican su nombre de uno para que lo traigan de boca en boca, eso se queda para la gentuza: hoy nadie se casa sin dispensa de vanas, y ¿qué son sesenta pesos para un hombre que se va á casar? De manera que me parece muy bien pensado que la ceremonía sea solo á los ocho días, porque así todo el mundo sabrá que hubo dispensa de vanas.

—Tienes razón, muger, le contestaba D. Pedro María; ya eso de las

amonestaciones se queda para los pobres.

—¡Dios nos asista! No faltaba más, si no que para mayor desgracia fueran ahora sujetando á mi hija á las amonestaciones.

Cárlos al casarse había obedecido á las sugestiones de su vanidad, excitadas por el desagrado manifiesto de la familia, de manera que procuró ser espléndido y al día siguiente de *la toma del dicho* envió las donas.

Los cien mil misterios que forman el corazon de la muger, ó los complicados pliegues de que se compone, como dicen algunos, se ponen en movimiento como las hojas de un árbol, delante de un regalo de bodas.

La casa estaba tranquila y cada uno en sus tareas, pero cuando resonaron las palabras «*ahí están las donas*,» hubo una verdadera confusión.

Perez venía por delante de los criados, Perez venía abriendo de par en par las vidrieras para que pudieran pasar las charolas y las grandes cajas de cartón; y un momento después media docena de argos en faldas, aplicaban el microscopio de su curiosidad á los regalos.

No hubo puntada, ojilla ó randa, encaje y cordón; que no analizaran.

Solo Merced permaneció callada.

Tía había en la rueda que pretendía pasar por muger de mucho gusto; quién la daba de indiferente, quién comparaba aquellas donas con las suyas, quién torcía el gesto diciendo con aplomo:

—Esto es á doce reales, con la conciencia de que valía doble.

—El vestido blanco es bueno, pero me parece muy recargado.

—Para que sea de costo necesita ser así.

—Yo lo quisiera más sencillo.

—Pero vea usted que puntadas.

—Como todo lo de las modistas.

—La mantilla es de las de doscientos.

—Lo mismo que la mía.

—Sí, trapeada.

—La caja no está fea!

—Cuando yo me casé, dijo una vieja, me la puse blanca.

—Vea usted, en cuanto á alhajas no me parecen gran cosa...

—Aquí hay más de mil pesos en piedras, dijo doña Rosarió no pudiendo resistir á la evidencia.

—Si todo es fino, puede.

Merced finjió no oir, finjía ver y sufría con cada palabra.

—¿Y de qué son las camisas?

—De Holanda fina, de la de la Monterilla, la conozco; es de hilo redondo.

—Vaya, vaya, dijo una tía, no se

puede negar que tu marido es vanidoso, mira que medias, estas valían una onza.

—Pues mi alma, que no sea lo último, porque lo que es yo, dijo otra vieja, tuve pan para hoy y hambre para mañana, porque mis donas fueron así; pero allí paramos.

—Eso nos suele suceder á las mujeres generalmente: al casarnos nos parece que vamos á ser ricas toda la vida, pero después el tiempo da fin con todo.

—Yo vendí mis vestidos de novia en cuatro pesos.

—Y yo mi mantilla en diez.

Aquellas donas dieron materia á las viejas para hablar como cotorras y para arrojarle á su pasado algunas docenas de suspiros, al novio algunas docenas de pullas, y á su alma algunas gotas de la hiel de la envidia.

Perez hacía entretanto su acopio de observaciones, que no echaba en saco roto, y contra su costumbre hablaba poco.

Cárlos había allanado hasta entónces todas y cada unade las dificultades que se le había presentado: su hacienda le permitía llenar todos sus requisitos, satisfacer todas las exijencias sin dejar un solo punto vulnerable en su conducta de novio picado; pero surgió una grave dificultad con que no contaba, y en la que, como se deja entender, contó inmediatamente con Perez.

—Tengo una apuración, le dijo: necesito confesarme y comulgar.

—¡Cáspita! dijo Perez.

Este *Cáspita* reasumía la situación porque Perez iba á exclamar de buena gana:

—¡Qué diablura! Pero no hay cuidado, contestó, tengo un padrecito ami-

go mío, somos compadres y es muy campechano por más señas.

—¿Y qué?

—Que mi compadre nos sacará del apuro.

—No tiene usted precio.

—Conozco el mundo un poco señor D. Carlitos: cuando usted esté apurado llama usted á Perez y saldrá de los malos pasos.

—Quiere decir que descanso en usted.

—Vaya, señor D. Carlitos, pues no faltaba más sino que á mi se me atorara un hueso.

Llegó el día de la ceremonia, y todo se verificó como se había previsto.

Cárlos y Mercedes se habían unido para siempre.

Otro tanto había sucedido á Elena con el coronel Aguado.

Este había sido un pulpo contra el que Elena buscó en vano una defensa.

Aguado daba soluciones espeditivas á toda dificultad.

Elena se resignó.

Pero más bien por Chucho que por otra cosa; al grado de que sin el amor de madre que Elena sentía, tal vez el coronel no hubiera sido tan afortunado.

Aguado tenía posesiones en Tabasco.

Chucho fué á crecer á Tabasco, en compañía de su mamá.

Perez se despidió de Elena, de Aguado y de Chucho una noche.

Al desprenderse quizás para siempre de su compañera de boleras, recibió un bultito.

—¡Es un recuerdo! exclamó Perez, sintiendo rodar una lágrima tibia de reconocimiento ardiente.

Perez besó aquello.

Repitió esta operación á hurtadillas, conteniendo su curiosidad y pensando

en que Elena estaba muy linda y Tabasco muy lejos.

Por fin abrió el bulto.

Eran los zapatitos verdes...

Cárlos y Mercedes hicieron poco más ó menos, lo que hacen todos los recien casados.

Salieron *solitos* una noche.

Cenaron en la fonda.

Anduvieron calles.

Cárlos apretaba á Mercedes la mano con el brazo y Mercedes le apretaba á Cárlos el brazo con la mano.

Unas veces se quedaban viendo y se sonreían.

Otras veces no se sonreían.

Fueron al teatro.

Hicieron muchas visitas.

Fueron estrenándolo todo poco á poco.

Tenían muchas cosas de que platicar.

Mercedes estaba encantada con su casa, con su cocina, con sus muebles, con su tocador, con su piano, con sus pájaros y con sus macetas.

Todo el día hacían programas.

Merced procuraba ser económica.

Cárlos procuraba ser muy pródigo.

Merced fingía saber guisar.

Cárlos finjía tener el mismo paladar que Mercedes y finalmente, los dos ponían sus cinco sentidos en complacerse y Cárlos quería que Mercedes no se molestara y Mercedes quería que Cárlos no se tomara ninguna molestia. Cárlos procuraba que no le faltara nada á Mercedes y Mercedes encontraba que tenía no solo lo necesario sino lo supérfluo; todo lo cual ha sido bautizado no sabemos por quién, con el estraño título de luna de miel.

Doña Rosario, D. Pedro, Angelita y Pablito les hicieron por fin una visita

asaz ceremoniosa; lo elogiaron todo, y y lo vieron todo; pero doña Rosario lo veía de dos modos.

El uno fingiendo que no veía; y el otro viendo sin que la vieran hasta fotografiar la casa en su imaginación.

Una idea preocupó á Mercedes durante un mes consecutivo, y esta idea era expresada en esta frase:

—Ya estoy casada.

Cárlos estaba alegre satisfecho y orgulloso, pero ya se había quedado pensativo muchas veces pensando esto:

—Ya estoy casado.

Esta frase tiene toda esa tensión inexorable de lo eterno; es una frase de granito que no se deslíe con las lágrimas, y que solo la dicha y los placeres logran encubrir á medias.

El cambio operado en la vida de Merce le parecía un sueño y le costaba trabajo persuadirse de que no estaba de visita en aquella casa.

Merced y Cárlos se amaban, se consideraban, se complacían mútuamente, y tenían todo lo necesario; á Mercedes no le faltaba nada, absolutamente nada; sus cómodas y sus roperos eran un almacen surtido superabundantemente de cuanto puede apetecer la muger.

Cárlos estaba pendiente de sus menores deseos; Mercedes procuraba complacer á Cárlos hasta en sus menores caprichos; ni una nube, ni la más ligera contrariedad, ni el más ligero asomo de perturbación empañaba la luna de miel; ya había pasado un mes y, cosa rara, no se habían encontrado ningún defecto; siempre estaban de acuerdo; siempre estaban bien.

Una tarde, eran las cinco, Mercedes y Cárlos estaban sentados en dos silloncitos detrás de la vidriera de un balcón de la sala; una criada índia acababa de arrimar una mesita redonda en

donde colocó una limpia servilleta y en seguida el chocolate, espumoso, oliendo á canela y acompañado de sabrosos y tibios bizcochitos; era un chocolate verdaderamente monástico.

Cárlos y Mercedes lo sorbieron con delicia, con más delicia que de ordinario; porque casi ya acababan y no habían hablado.

—Que callada estás.

—Eso mismo te iba á decir yo.

—¿En qué piensas?

—En el chocolate, dijo muy pronto Mercedes.

—Está riquísimo.

—¿Te gusta así? la otra molienda se hará lo mismo.

Volvió á reinar el silencio.

Durante este silencio Mercedes se afanaba por encontrar una frase para romperlo, veía á la calle para buscar motivo de hablar, no pasaba nadie; iba

á pararse, le pareció inútil, y sobre todo, hacer grande lo que no lo era; ¡qué tonta soy! pensaba ¿qué no me ocurra que hablar?

—¿Que feo silencio, pensó Cárlos, qué diré? Creo que ya nos lo hemos dicho todo.

—¿A dónde vamos esta noche? dijo por fin Cárlos.

Mercedes respondió y sonrió con el placer de tener ya motivo para hablar.

—A donde quieras.

—Por mí, dijo Cárlos encojiéndose de hombros.

—¿Te es indiferente?

—Iremos donde tú quieras.

—No, tu lo dices...

—Sobre que para mí es lo mismo.

—Y para mí tambien.

—Pero en fin, tu tendrás más deseo de ver á unas amigas que á otras.

—¿Creerás que no?

—A algunas has de querer más.

—Ya sabes que despues de tí, no tengo predilección ninguna, de manera que iremos donde tu quieras.

—Pues si tu no lo determinas, á mí no me ocurre nada.

—Yo te preguntaré. ¿A la casa de tu familia?

—Ya fuimos ayer.

—¿De tu maestro?

—No, hasta que vengan de allá.

—¿A casa del ministro?

—Hay tanta gente!...

—¿A Donceles?

—¡Dios me libre!

—Pues no hay á donde ir.

—¿Por qué no me preguntas si iremos á tu casa?

—No me había acordado.

—¿No?

—Sí, sí pero á mi casa...

—¿Qué?

—Sera bueno no ir seguido.

—Pero yo creo que eso te contraría.

—No, positivamente no; sino que así es mejor.

—¿Lo dices como lo sientes?

—Sí.

—Que sí tan frío.

—Sí, señorito mío.

Y Mercedes dijo esto haciendo uno de esos guiños que son tan conocidos del lector, como difíciles de escribir.

La luna de miel de Mercedes y Cárlos tenía manchas no descritas y que el telescopio de los esposos no alcanzaba á prercibir claramente: aquel amor se resentía de interminencias soporíferas.

El silencio es un síntoma terrible: allí donde acaba la palabra, comienza el fastidio: instintivamente buscaban ambos esposos y por diversas curvas, motivos y pretextos para llenar el tiempo, para conjurar la venida de uno

de esos largos intérvalos de sueño, de silencio y de fastidio.

Se ha dicho que el amor es como la luna, porque el amor y la luna ó están creciendo ó están menguando.

Los esposos sentían la verdad de este axioma en toda su desnudez.

El diablo doméstico cuyo oficio es descomponer matrimonios, había aceptano un papel negativo, pero no menos fecundo en resultados: los había dejado solos.

Cárlos amaba á Merced, pero tenía miedo de no seguirla amando.

Merced por su parte temía no ser suficientemente compatible para Cárlos.

Así pasaron algunos meses.

El retraimiento de la familia de Merced, hacía á esta más palpable su soledad y su situación. Merced se entristecía y á su ahinco por complacer á Cárlos agregaba el de tener que ocultarle su tristeza.

Bullían en la mente de Mercedes algunas ideas negras cuando procuraba explicarse la causa de aquel malestar moral, y se desesperaba de no encontrar ninguna explicación profunda; no se atrevía por otra parte á hacer á nadie esta confidencia, porque ni ella misma hubiera querido decírselo.





CAPÍTULO IV.

De como se carga en un matrimonio una batería de Buntzen, para cuando se necesite.

MERCED estaba un día sola y entregada profundamente á sus meditaciones; y aunque en la apariencia estaba afanada confeccionando tapetes y curiosidades de manos, el hecho era que aquella laboriosidad no era más que el pretexto para concentrarse, entregándose de lleno á sus ideas y tristes elucubraciones.

Cárlos estaba fuera de casa.

Merced se encontró de repente frente á doña Rosario, y se estremeció

como el que sale de su ensimismamiento, en seguida sonrió con alegría al parecer, pero al abrazar á su madre, sintió que se le salían las lágrimas.

Doña Rosario sintió estas lágrimas rodarle por el cuello y un mundo de palabras se le atoró en las fauces.

Madre é hija quedaron en silencio por algún tiempo, al cabo del cual, doña Rosorio le preguntó á Merced con voz calmada.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Porqué lloras?

—Me dió gusto ver á usted.

Doña Rosario con esa lógica que podemos llamar de madre, pensó: luego estaba sufriendo—y agregó:

—Pero además del gusto que te ha dado verme, ¿que tienes?

—Nada.

—No eres feliz, dijo con seguridad doña Rosario.

Merced no se tardó mas que un segundo en contestar, pero en este segundo cabía un *no*, que doña Rosario se encargó de colocar.

—Sí, soy feliz, nada me falta, mi marido es muy bueno; me dá gusto en todo, me colma de obsequios y se porta admirablemente.

—Entonces....

—Los extraño á ustedes mucho, y como creo que todavía me guardan rencor porque me casé...

—No seas ligera para hablar, ¿qué es eso de rencor? uno es que no estemos conformes con las ideas de tu marido y otro es que te guardemos rencor; ¿rencor por qué? lo sentimos, es cierto, pero tú no tienes la culpa. Con que... entremos á cuentas, ¿Tú marido es celoso?

—No señora.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Tiene mal genio?

—No, al contrario.

—¿Tienes muchas visitas?

—Algunas.

—¿Quiénes vienen?

—Con frecuencia, nadie.

—¿Nadie?

—Solo Perez.

—¡Ah!

—Pero Perez y nada, es lo mismo.

—¿Gastas mucho?

—Menos de lo que quiere Cárlos.

—¿Ahorras?

—Sí, tengo ya llena mi alcancía.

—Los negocios de tu marido, se han puesto malos?

—No, al contrario; vá á comprar otra casa.

—Habráse visto cosa más rara! ¿pues por qué lloras?

—No le he dicho á usted, que por-

que echo de menos á mi familia? Usted no quiere venir y se me pasa ya hasta una semana para ver á los de mi casa.

—Eso es conveniente; porque ya sabes que no estando conformes en ideas, (te ha dicho tu marido) lo mejor es estar léjos, dijo doña Rosario recalcando las palabras.

—Pero no tanto que no pueda contar con usted para nada.

—Me necesitas?

—Como siempre.

—Bueno, bueno; sigue siendo buena hija, y si esto es así, entónces ten por seguro que alcanzarás el consuelo que apeteces; vamos á ver ¿desde cuando no te confiesas?

—Desde que me casé.

— Pues ahí está todo! ¿Y así te estás devanando los sesos por encontrar la causa de tu tristeza? ¿qué más motivo quieres que el de no estar bien con

Dios? pues, como dice muy bien el señor cura: «el pasto del alma, el pasto del alma.» Pues, la cosa es muy sencilla; ofrécele una comunión á la Purísima Concepción de María y verás como te tranquilizas, porque esa tristeza y esas lágrimas no son más que avisos del cielo, para que no abandones tus prácticas religiosas, y para que te libres del contagio de las ideas modernas.

—Pero, es que Cárlos no quiere que me confiese.

—Y qué tenemos con que no quiera. ¡pues no faltaba mas! en su conciencia de uno nadie manda.

Qué no quiere que te confieses? pues se le engaña; se hace sin que él lo sepa.

—Pero esa es una falta.

—Qné disparate! ¿falta, cuando se trata de la salvación de tu alma? No

señor, estás en un error; esto no es una falta; yo ya le tengo consultado ese punto al señor cura y me ha dado su aprobación; me ha dicho que en nada debe uno engañar á su marido; pero que en siendo para una cosa buena sí se puede, y qué cosa mas buena que cumplir con la Iglesia? porque tu marido será dueño de tí; pero no tiene derecho de exijirte que te condenes; que con el infierno no se juega, y tú no estás exenta de un ataque violento, de un mal parto, en fin, de cualquier cosa; y quedarás lucida con morir en pecado mortal, sólo porque el ilustrado del señor D. Cárlos tu marido, no quiere que te confieses. ¡Pues estaba bonito el mundo! no señor, tú te puedes confesar sin decirle nada á tu marido, porque esas son cosas de la conciencia y la conciencia es una cosa muy sagrada.

—Pero, está usted segura de que no cometo una falta engañando en esto á mi marido?

—Te digo que no; y sobre todo, tú puedes cerciorarte. El domingo hay función en Jesús María, allí confiesa el padre Martinez; te acercas y le haces la consulta, si estás conforme allí mismo le *desembuchas:* ya el padre Martinez te ha confesado y sales de una vez de ese negocio, y en un dia de la semana veré al padre procurador para que él mismo te dé la comunión en el altar de la Purísima, aunque tenga yo que mandar decir la misa; ¿conqué estás conforme?....

—Está bien, así lo haré.

Doña Rosario se fué contentísima y realmente consolada en el fondo, porque le parecía que acababa de hacer una buena obra procurando la salvación de su hija.

—Qué te parece lo que he hecho? le dijo á Don Pedro María tan luego como llegó doña Rosario á su casa. Ya la catequicé.

—A quién?

—A Mercedes:

—Para qué?

—Para que se confiese.

—Cómo?

—Va á ofrecer una comunión á la Purísima.

—Es posible?

—El Domingo.

—Y Cárlos?

—No lo sabe.

—Pero muger..... no vayas á descomponer.....

—No, que descomponer; todo se vá á hacer con el mayor sigilo..... pero están tocando..... es el padre Martinez.

—Dios lo envía á usted, padre Martinez.

—Vaya! pues viniendo de parte de mi amo y señor seré bien venido.

—Y como que sí!

—Qué le ha sucedido á usted que está tan alegre doña Rosario?

—Cómo qué? la salvación de mi hija.

—Cómo es eso!

—Vuélvase usted todo orejas, padre Martinez, el Domingo próximo, quiere decir, pasado mañana se me planta usted en un confesionario de Jesús María.

—Y qué hago allí?

—Espere usted; se me planta usted allí desde las siete de la mañana.

—Pero, si yo digo misa de ocho en la Merced.

—No le hace, se me planta usted en el confesionario.

—Y bien, qué hago?

—Espera usted á que llegue mi hija Merced, que quiere hacerle á usted una consulta.

—Ave María!

—No se alarme usted; le vá á preguntar si puede confesarse sin que lo sepa su marido.

—Pues ya se vé que puede.

—Bueno! pues como eso es lo que usted le ha de contestar, acto contínuo, su acto de contrición, y á *desembuchar* sin pérdida de tiempo: yo creo que será obra de pocos minutos, porque ¿qué pecados vá á tener mi hijita tan buena? en seguida, le echa usted la absolución y me la deja en disposición de comulgar el lunes.

—¿Y eso es todo?

—Ya vé usted, padre Martinez, que no es un gran sacrificio.

—¡Ya se vé!

—¿Conque estamos arreglados?

—Sí; pero me dá usted chocolatito del de la otra noche.

—¿Le gustó á usted?

—Estaba delicioso.

—Allá le mando á usted las libras que me quedan.

—No lo decía por tanto; un pocillito, un pocillito nada más para tomarlo en compañía de ustedes.

—Pues pocillito y libras.

—Acepte usted, padre; acepte usted, dijo D. Pedro que había estado abriendo la boca hacía rato: en recibir no hay engaño, padre Martinez. Ya verá usted que desplumada le doy esta noche en el tresillito.

—Es usted chambón, D. Pedro.

—Ya veremos.

—¡Qué bueno es el padre Martinez! pensó doña Rosario, dirijiéndose á la cocina para hacerle personalmente el chocolate.

Doña Rosario hizo todavía al día siguiente una visita á su hija para asegurarla en su propósito, y quedó defi-

nitiva y solemnemente pactado que Merced saldría antes de las siete de su casa, y que se confesaría con el padre Martinez en Jesus María.

A Merced, no obstante la preocupaba la idea de engañar á Cárlos, y como era la primera vez que iba á desobedecerlo, procuraba disimular lo mejor que le era posible.

Cuando llegó Cárlos encontró á Merced muy alegre.

Cárlos se sorprendió agradablemente.

—Me ha dado mucho gusto verte, le dijo Merced.

Cárlos le hizo una caricia.

Merced estuvo locuaz en la comida y como más comunicativa, al grado que Cárlos empezó á reprocharse interiormente haber vacilado alguna vez acerca de su felicidad.

Merced se había admirado del resul-

tado de su disimulo por su primer engaño: veía á Cárlos tan contento, tan cariñoso, que se sorprendió ella misma de su facultad para ocultar algo.

—¡Qué ajeno estará, se decía, de que lo estoy engañando! ¡lo que son los hombres! ahora es cuando él está más seguro de mí, precisamente cuando tengo algo que ocultarle. Yo no me perdonaría esto, si se tratara de otra cosa; pero se trata de una cosa buena, de una cosa santa, de confesarme, de ser buena cristiana y esto me tranquiliza.

Cárlos, á su vez, no sabía que hacer con Merced: su cariño había recibido un nuevo impulso.

—¡Qué ligero he sido, pensaba, al creer que Mercedes me ocultaba algo! Esa tristeza y el estarse callada largos ratos, no era más que apariencia engañosa. Gracias á Dios que se me ha quitado esta idea, que era un peso que me atormentaba.

El sábado llegó Cárlos más temprano que de ordinario, y detrás de él venía un mozo cargando unos bultos.

—¿Qué traes? le preguntó Mercedes.

—Cajas cerradas.

—¿Para quién?

—¿No lo adivinas?

—No.

—¡Ah!..... pues ábrelas.

—Tu tienes la llave.

—¿Yo?

—Sí.... aquí, en los labios.

Y Merced puso los labios para que se los besara su marido.

En seguida se abrieron las cajas.

—¡Otro vestido! exclamó Merced ¡y otra manteleta!

—¿Qué tal?

—Es hermosísimo.

—Para el domingo.

Merced se puso colorada.

—He aquí mi programa, continuó Cárlos, y mi programa sin apelación.

Merced creyó que debía no ver de frente á Cárlos y le dijo:—Siéntate;—con objeto de apartarse un poco de la luz.

—La familia de Donceles, dijo Cárlos, cuando ya se habían sentado, tiene un día de campo el domingo en su casa de San Angel, porque es el cumpleaños de una de las muchachas y nos han convidado. ¿Qué tal?

—¿Día de campo?

—Y estará espléndido. Ya lo ves, ese vestido es para el domingo.

—¡Qué bueno eres!

—Con que el domingo á las siete de la mañana.

—¿A las siete? preguntó Merced acordándose de la intriguilla.

—Sí, á las siete viene el coche por nosotros.

—Es muy temprano.

—¿Para ir al campo?

—No, pero para disponerme.....

—Todos los días, á las seis ya estás lista.

—Sí, pero...

—No hay pero, te pruebas el vestido para prevenir alguna demora.

—Pero... el domingo.

--Nada tienes que hacer.

—Vienen visitas.

—¿A las siete?

—No, pero hay que esperarlas.

—Yo les mando avisar; ¿á quien esperas?

—A mis primas.

—Pero si tus primas van á San Angel.

—¡Ah! entonces... está bien...

Mercedes se quedó pensativa.

—¿En qué piensas?

—En que realmente es muy temprano.

—¡Ah! pues si te fuera muy molesto, dijo Cárlos picado.

—No, molesto no...

—Realmente las siete es muy buena hora.

—Dices bien, dijo resueltamente Mercedes, viendo que no tenía remedio.

—¿Con que estarás lista? Ya sabes que allá son muy exactos, y me he comprometido solemnemente.

En la noche, Cárlos estaba tan complaciente que invitó á Mercedes á ir á la casa de D. Pedro María.

Mientras Cárlos estaba en la sala con algunas visitas hablando de política y generalidades, Mercedes doña Rosario y dos tías, formaban un grupo en una recámara á oscuras.

—Pues no tiene remedio, decía doña Rosario; El padre Martinez te espera, y si no se aprovecha la ocasión, esto se queda en tal estado y será una lástima.

—Me ocurre una idea, dijo una tía.

—¿Cuál?

—Que se quede aquí Mercedes.

—¿Con qué pretexto?

—Dios me libre, dijo Mercedes.

—Al fin, es por tu bien.

—Que se finja mala.

—Eso es, dijo doña Rosario, le diremos á Cárlos que tienes un dolor y que aquí te quedas; mañana temprano sales, te confiesas, y te vuelves á tu casa; todo será una demora de una media hora, y ¿qué mas dá que vayas al día de campo media hora después? vale la pena de hacer este sacrificio por conseguir el resultado de que te pongas bien con Dios; mira que hasta he mandado componer el altar de la Purísima y tambien van á ponerse ese día unos ramilletes blancos y azules, los ornamentos serán tambien blancos y azules y acá todos nos vamos á vestir

ese día blanco y azul; con que ¿qué te parece?

Mercedes vacilaba.

—Yo resolveré la cuestión, dijo una tía, muger como de cuarenta años que la echaba de espeditiva y lista.

—Entró á la sala y dijo á D. Pedro María de modo que lo oyeran todos:

—¿Tiene usted en su botiquin una poquita de manzanilla, Sr. D. Pedro?

—Cómo? qué?... para quién?... quien está enfermo? qué se ofrece?... á ver á ver.

—No, no es nada, dijo la tía, es un dolor que le ha dado á Merceditas.

—¡Ave María Purísima! voy por la manzanilla.

—¿Qué ha comido? preguntó uno.

Cárlos pidió permiso para entrar: la otra tía que todo lo estaba observando

se paró en la puerta y al ver llegar á Cárlos, le manifestó que estaban curando á Merced.

Doña Rosario que oyó hablar á Cárlos, le dijo á Merced:

—Quéjate.

—Merced tenía que elegir entre poner en ridículo á su familia, ó engañar á Cárlos, y optó por quejarse dolorosamente.

Se prepararon algunas drogas que doña Rosario se encargó de hacer desaparecer, y se desempeñó por doña Rosario y las tías el más verosimil de los sainetes.

Después del dolor vino el sueño y el silencio. Cárlos oyó las dos de la mañana, esperando el resultado; pero se le aseguraba que Merced seguía durmiendo y que otra vez que la habían despertado había vuelto á enfermarse.

Al fin consiguieron que Cárlos se marchara; y las viejas triunfantes aseguraban haberle quitado una presa al diablo al menos por el pronto.





CAPÍTULO V.

Chucho el Ninfo hecho pollo.

Ya había trascurrido largo tiempo después de los acontecimientos que acabamos de referir, cuando una circuntsancia inesperada vino por casualidad á reanudar el hilo de esta historia, sirviéndonos dicha circunstancia de abundante materia, con agradable sorpresa nuestra.

Estábamos en el teatro Nacional, y nuestras miradas recorrían las localidades, pasando esa revista de que no se puede prescindir cuando se encuentra

uno en el centro de una reunión. Algunos conocidos viejos, tal ó cual familia á quien habíamos dejado de ver mucho tiempo y muchas personas más, fueren objeto de nuestra atención, en seguida nos arrellenamos, no diremos muy cómodamente, en nuestro asiento, disponiéndonos á gozar del espectáculo, cuando nuestra vista se fijó en un pollo.

Era el tal un jovencito como de catorce á diecisiete años, con el pelo castaño claro, hermosos ojos, tierna y sedosa barba, boca voluptuosa y fresca y magníficos dientes.

Estaba muy bien vestido: su ropa era flamante, su camisa de irreprochable blancura, y sus manos estaban oprimidas en unos guantes color de lila. El jóven era una de esas personas que tienen la misión de hacerse ver y el derecho de no pasar nunca desapercibidas.

En sus maneras revelaba el amaneramiento y el estudio: no cesaba de moverse cual si pesara sobre él la imprescindible obligación de cuidarse, de revisarse á sí mismo incesantemente. Ora se tocaba el nudo de la corbata para cerciorarse de si se le habia descompuesto; ora se veía los puños de la camisa para cuidar que salieran lo suficiente más adelante de la manga de la levita, cubriendo la extremidad inferior del guante; ora recorría lentamente aunque con disimilo las costuras del guante, por si la seda hubiera podido faltar y descoserse; ora se arreglaba la barba, después el pelo; ora, en fin, tomaba una actitud que sostenía por largo tiempo, fingiendo estar preocupado con la vista de alguna jóven, pero en realidad nada veía.

Si se hubiera podido sorprender su pensamiento se le hubiera encontrado

pensando que su figura era elegante, y que en aquella actitud realzaban sus prendas físicas á los ojos de algún observador que lo estuviese contemplando.

No era corto de vista, pero de vez en cuando creía darse un aire interesante plegando ligeramente los ojos, como si apurara la vista para distinguir algún objeto distante, y en seguida abria decididamente los párpados, pensando entonces que sus ojos tomaban la expresión interesante y franca que le era habitual.

Si se encontraba con la mirada de alguna jóven, se le veía afectar cierto disimulo y tomar una actitud que favoreciendo sus contornos, proporcionara á la interesada la ocasión de estudiarlo, de verlo bien, de convencerse que aquel jóven era apuesto, buen mozo y gentil como un Adonis.

Este acopio de observaciones, enjendró en nosotros el deseo de averiguar quién era aquel jóven.

—¿Conoce usted á aquel pollo?

—No: es nuevo, me dijo un amigo, ya me había llamado la atención.

Repetí esta pregunta y nadie pudo darme más razón del jóven sino que se había hecho ver: en suma, su exterior no había pasado desapercibido para la mayoría; pero de sus antecedentes, nadie sabía una palabra, ni siquiera su nombre.

Me dirigí á uno de esos Perez que todo lo saben y tuve estos datos.

—Este jóven vive en la calle de***

Me dijo mi hombre una calle céntrica.

—Creo que es hijo natural de***

Me dijo el nombre de un personaje.

—Parece que lo ha reconocido hace poco, y pasa por su sobrino; pero es su hijo.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama..... ya no me acuerdo de su nombre.

Á la sazón me saludaba una señora desde la platea inmediata.

Esta señora me dió al día siguiente estas noticias.

—Yo sé perfectamente la historia del jóven, y supuesto que usted se interesa en conocerla, me dijo la señora, voy á contársela.

Viajaba yo hace poco en diligencia: antes de las cuatro de la mañana del segundo día de viaje, entré al coche para acomodarme anticipadamente en mi asiento. No conocía á ninguno de mis compañeros de viaje; además la oscuridad era tal, que sólo pude notar al cabo de un rato que entraban al carruaje un hombre, una mujer y un niño.

Debo advertir á usted que yo sé

dormir en diligencia, y que había pasado en el mesón una noche infernal, de manera, que apenas comenzamos á andar, me cubri la cabeza y me dormí profundamente.

Cuando desperté era ya entrado el día, y pensé, lo primero, en mi exhibición; iba á descubrirme ante mis compañeros de viaje y á darles los buenos días; abrí un ojo y percibí al través de mi espeso velo, que mis compañeros tenian la cara cubierta y dormían.

Al cabo de un rato despertó el compañero.

Esto me contuvo.

En seguida, despertó la muger, se descubrió, y al ver al compañero hizo un movimiento de sorpresa.

Esto acabó de decidirme á permanecer con la cara cubierta.

—¡Don Francisco! balbutió la señora y su semblante se descompuso notablemente.

—¡Elena! exclamó el compañero y tomó entre las suyas las manos del señor.

Aquí va á pasar algo bueno, dije para mí y no debo descubrirme; fingiré que sigo durmiendo. Hubo una pausa, durante la cual D. Francisco y Elena se quedaron viendo uno á otro, no sabiendo como romper el silencio.

—Todo se puede reparar, dijo don Francisco.

—Es tarde; dijo aquella señora á quien nombraré Elena, supuesto que desde ese momento supe su nombre. Le confesaré á usted que cuando Elena dijo: ¡Es tarde! me acordé de la Traviata y estuve á punto de reirme.

—Para una reparación nunca es tarde, hoy mi posición es distinta, y no me pararé en los medios.

—Todo concluyó entre nosotros; ¡me ha hecho usted llorar tanto!...

—Perdóneme usted, Elena, se lo pido á usted en nombre de nuestro hijo.

Elena llevó la mano á la boca indicando á D. Francisco que callase; en seguida le mostró el niño que iba dormido. D. Francisco lanzó una exclamación, que por lo estrepitosa me pareció que requería un movimiento de mi parte; pero los actores de aquella escena parecían estar bastante preocupados con sus asuntos para cuidarse de mí.

Elena había descubierto la cara al niño. No se si sería el efecto de la luz rosada de la aurora, pero aquel niño me pareció encantador.

A D. Francisco le estaba pareciendo enteramente lo mismo que á mí, porque se puso muy inquieto y procuraba con ahínco besar al niño; pero Elena contenía á D. Francisco para que su hijo no despertara.

—Es mi hijo ¿no es verdad?

Elena contestó con una mirada de madre.

Aquella mirada fué un *sí* de los más elocuentes que yo he visto.

Como éramos solo cuatro pasageros ocupábamos los cuatro rincones de la diligencia; pero D. Francisco desde las primeras palabras del reconocimiento se había pasado al lado de Elena.

Llegamos á la primera posta y me fué preciso despertar.

Como la primera parte de aquella historia había pasado, según sus actoses, desapercibida para mí, supuesto que me creían dormida; D. Francisco y Elena adoptaron, sin ponerse de acuerdo, un estilo enigmático para poder continuar su interesante diálogo delante de mí.

—*Él* está dispuesto á reconocer á su hijo y ya corre de su cuenta.

—*Pero ella* tiene miramientos que guardar y compromisos que respetar.

—Todo lo demás importa poco; lo esencial es que *él* ha encontrado á su hijo.

Como es de suponer la conversación se mantuvo animada en todo el camino, y yo tuve ocasión de enterarme de una intriga que referiré á usted con todos sus pormenores.

Creí no volver á ver á aquellas personas, y aun por lo pronto no supe su paradero; pero hace algunas noches he sabido que el niño aquel de la diligencia, es precisamente ese jóven por quien usted se interesaba en el teatro y el mismo que se pasa hoy ante la sociedad como sobrino de D. Francisco á quien usted conoce perfectamente.

—Y sabe usted el nombre del jóven? le pregunté á la señora.

—Sé que se llama Chucho, pero en

cuanto á su apellido corren varias versiones: unas le dan el de D. Francisco, otras le llaman Flores, y más generalmente le he oido llamar «Chcho el Ninfo.»

En esta época en que ya Chucho el Ninfo figuraba en la categoría de pollo Elena había vuelto á México, madre de dos niños que en nada se parecían á Chucho, y á quienes todos conocían con el nombre de los niños Aguados.

Con diez años más, Elena estaba ya completamente tranquila en materia de posadas; pero no así con respecto á sus asuntos.

Las amigas de Elena apenas la reconocían; había desaparecido por completo aquel resto de gentileza y aquella morbidez que tanto efecto hicieron en el coronel, con quien según expresión de la misma Elena, había purgado todos sus pecados.

Con el último de los niños Aguados,

había caido sobre Elena el crudo otoño blanqueando sus cabellos.

Por lo que toca á Chucho, al poco tiempo de su reconocimiento por don Francisco se separó de su mamá para vivir en una hacienda al lado de D. Francisco, á quien desde entonces llamó su tio; de manera que hacía cerca de diez años que no veía á su madre, y por supuesto no conocía á sus hermanitos.

Chucho al pasar de la casa materna á la de su tio, llevando todos los defectos de su educación afeminada, no hizo más, por desgracia, que agregar á sus costumbres malas y viciadas todos los defectos inherentes á la ociosidad opulenta.

Don Francisco era un rico-home, pagado de su hacienda y jurando que no hay nada más allá de una buena cosecha de trigo.

Don Francisco creía dedicar á su sobrino al campo, y en realidad á eso lo dedicaba prácticamente, desechando el estudio teórico de la agricultura, los conocimientos anexos y las aplicaciones de la ciencia; pues D. Francisco era de los que se reian de los libros como invenciones de extrangeros muy propias para otros climas y otras costumbres; pero no para este país privilegiado en el que la madre naturaleza es tan pródiga.

Don Francisco vivía solo, pasaba por viudo, y como la mayor parte de su vida la había empleado en el campo su salud era perfecta y representaba menos años de los que contaba.

Chucho se fastidiaba soberanamente en medio de las monótonas tareas del campo, y el aislamiento en que vivía lo obligaba á buscar incesantemente un género de distracción más adecuado á

sus instintos que los surcos y los herraderos, las pizcas y las matanzas.

No tardó Chucho en acreditarse en más de veinte leguas á la redonda y era tenido por las lugareñas y rancheritas de las haciendas y pueblos colindantes, como un excelente bailador, galante y apuesto como pocos.

Entre aquellas buenas gentes Chucho no era conocido con el apodo de Chucho el Ninfo, sino por «*el niño de la hacienda*,» en cambio Chucho nunca llegó á acreditarse ni de labrador ni de valiente; pero sí alcanzó renombre entre el bello sexo, que se disputaba á porfía los favores del niño de la hacienda.

Toda la servidumbre de D. Francisco, incluso la peonada, que era numerosa, le llamaban á Chucho *el niño*.

Con estos antecedentes y después de un aprendizaje y noviciado, Chucho

vino á México después de diez años de ausencia, apareciendo de la noche á la mañana en los altos círculos á donde ingresó por medio de las relaciones de D. Francisco, quien en su carácter de antiguo y rico labrador cultivaba relaciones con esa parte de la sociedad mexicana que representaba la aristocracia del capital.

No tardó Chucho en verse rodeado de los jóvenes más elegantes y en contraer amistad con las principales familias: se exibió en Bucareli en el coche de D. Francisco y algunas veces montando magníficos caballos.



CAPÍTULO VI.

En el que, anudando el hilo de la historia, volvemos á encontrar á nuestros personajes.

No pasaba día por Perez:

Los diez años transcurridos habían probado la excelencia de las razas primitivas, pues como sabe el lector, Perez era trigueño, y su negra cabellera era de esas que saben resistir el hielo de los años.

Perez nunca olvidó á Elena; su amor resistió á la prueba del tiempo, de la ausencia y de la distancia, y siempre estuvo al tanto de la vida de Elena; de manera que Perez fué el primero que

en México supo el regreso de ella y el único que se adelantó á recibirla en la garita.

Perez, que había conservado la imagen de Elena mórbida y graciosa y mostrando sus piesecitos azules en las boleras, estuvo á punto de desmayarse al encontrarse frente á la vieja mamá de los niños Aguados.

Jamás el estrago del tiempo fué tan manifiesto, y Perez no daba crédito á sus propios ojos; pero aquella señora mayor era Elena á pesar de todo: y apenas había cosa más natural, pues esa ilusión de Perez frisaba en los cuarenta y ocho.

Elena confesó á Perez llorando, que alucinada con el coronel lo había preferido; pero que esta preferencia la había hecho probar todos los sinsabores imaginables.

—Muy poco tiempo me bastó para

conocer que el coronel Aguado es un monstruo.

—Lo creo, dijo Perez: en cambio ha necesitado usted diez años para saber que Perez ha sido y era su buen amigo, y que hubiera llegado á ser...

Perez no se atrevió á pronunciar la palabra.

Elena le pagó aún con un guiño, que los pies de gallo de sus ojos y la falta de dos dientes se encargaron de hacer grotesco.

Perez esperaba á Elena solo para no dejar sin sepultura sus ilusiones.

En la casa de D. Pedro María las cosas habían cambiado tambien. Angelita se había casado con Gonzalez y Pablito era periodista.

El casamiento de Angelita difirió esencialmente del de Mercedes; y la razón eficiente para que este enlace hubiera sido del agrado de la familia, fué esta:

Gonzalez se confesaba con el padre Espinosa.

De manera que Angelita tuvo el gusto de casarse con toda la solemnidad que el caso requería, pues hubo baile en la casa de D. Pedro María la noche de la toma del dicho, baile en la ceremonia, y día de campo el día de la velación.

Merced tenía una niña único fruto de su matrimonio.

Más adelante impondremos al lector de lo que acaeció en todo el tiempo trascurrido.

A los dos meses de haber venido Chucho á México llegó Elena, y por conducto de Perez, madre é hijo se vieron después de tan larga ausencia.

La pasión del lujo y las comodidades tienen el funesto poder de marchitar los sentimientos y de secar el corazón.

A Chucho le faltaba este otro toque: ser mal hijo.

Efectivamente, recibió con frialdad á su madre é hizo veinte gestos porque la encontró en mal predicamento; le parecieron muy feos sus medios hermanos, y apresuró el término de su primera visita.

Chucho procuró olvidar la prosa de su infancia desde que empezó á hacer el papel de potentado, y despreciaba todo lo que no estuviera en armonía con su refinamiento y sus pretensiones de gran señor.

Chucho llegó á tener un solo culto: su persona. Un solo deseo: parecer bien.

El esmero que empleaba en su persona absorbía la mayor parte de su tiempo, y se exhibía en el resto que le quedaba libre, seguro de aumentar el número de sus conquistas.

La vida sibarítica de Chucho en la época en que el desarrollo físico acababa por tomar su rasgo fisionómico, imprimió en su semblante un gesto que revelaba tanto bienestar como suficiencia.

Chucho tenía siempre los labios entreabiertos, mostrando una parte de los dientes superiores, los que generalmente le ayudaban á su labio superior á pronunciar las bb. Chucho además silbaba las ss, y pronuciaba ligeramente las zz; de manere que su pronunciación era dulce, blanda y se alejaba un poco de la manera con que en México se pronuncia el español.

Este modo de hablar de Chucho era nuevo y resultado de un estudio especial: además hablaba muy despacio.

Chucho repugnaba la acentuación varonil y combatía en su fisonomía la venida de esas líneas que deciden el

aspecto viril. Chucho deseaba aparecer niño, y una mancha en el cutis la hubiera conceptuado como una verdadera desgracia.

El uso del cold-cream había realizado su ensueño de tener una tez virginal había logrado mantener arqueadas las pestañas, calentándoselas con un instrumento de su invención; se pintaba los labios con carmin, y tenía diez preparaciones diversas para conservarse la dentadura.

Había logrado convertir su cabello lacio y opaco en ensortijado y brillante; conocía todas las preparaciones adecuadas al efecto, y empleaba gran número de peines y cepillos en su tocador.

Se hacía servir por un camarista que le ayudaba á desnudarse.

D. Francisco lo quaría mucho; pero á pesar de esto solía reprocharle aquel exceso de afeites y composturas.

—Estéban, decía Chucho una mañana á su camarista, saque usted un pantalón claro y un gaban ligero, porque voy á Petit Versailles.

El camarista trajo tres pantalones claros.

—Muy bien: colóquelos usted sobre las sillas y traiga usted al gaban.

El camarista trajo los gabanes.

—Vea usted Estéban; vaya usted casando gabanes y pantalones para elejir.

En seguida Chucho hizo una seña para que Esteban acercase una silla, y se sentó frente á su ropa. Después de un detenido estudio dijo al camarista sin moverse:

—Mire usted, Estéban: el pantalón color de lila y el gaban azul, ¿Tengo chalecos blancos?

—Sí señor.

—Pues deme usted uno de solapas:

en cuanto á corbatas, es necesario que sea muy ligera y cuyas puntas floten.

—En el campo, pensó Chucho, es gracioso que la estremidad de la corbata se agite con la brisa; de manera que una mascada de gasa de seda á cuadros me caerá muy bien: los guantes bien pueden ser color de yesca; este color sobre el lila del pantalón hace buen efecto.

Estas disposiciones las tomaba Chucho envuelto en una bata de cachemira y calzado con pantuflas de raso verde bordadas con cuentas de vidrio.

A poco rato empezó á asearse: templó el agua del lavamanos, donde virtió algunas gotas de vinagre aromatico; usó varias aguas y distintos jabones y se enjugó con una toalla finísima: en seguida se puso cold-cream y después polvo de arroz; se limpió los dientes, hizo buches y se pintó los labios: se de-

dicó á rizar su cabellera, procurando que dos rizos le sombrearan la frente, dejándolos caer simétricamente y como por casualidad; usó del cosmético blanco para asentar ciertas partes del pelo y se puso brillantina en la barba.

Hizo sonar un timbre y el camarista apareció para vestirlo.

Dos horas después de haber empezado aquella serie de operaciones y preparativos, Chucho quedó irreprochable.

Se presentó á la reunión saludó con desden á algunos caballeros, con cariño á algunos pollos y con esquisita afabilidad y detenimiento á las muchachas.

—Cómo está usted Leonor? Pero que pregunta! cómo ha de estar usted! bien, muy bien, encantadora como siempre.

—Y usted, como siempre! galante.

—Que quiere usted, hija, yo soy así con el bello sexo. ¡Qué hermoso está su vestido de usted! lo ví en casa de Coralia, esas bellotas son graciosísimas ha tenido usted una elección brillante: como siempre, hija, como siempre.

—Gracias, Chucho.

Pasó en seguida Chucho á otro grupo y dió la mano á cinco pollas.

—¿Por qué veniste tan tarde? le dijo una en voz baja.

—Me estaba vistiendo.

—¡Jesús! que tocador tan largo.

—Que quieres hija, yo no soy soldado ni pastor, yo estoy acostumbrado á mis comodidades, y luego, como tengo ya tanta ropa, me tardo mucho en elegir, pero no en balde, ¿te parezco bien?

—Eres muy coqueto; oye, cuidado como te vea hablar tanto con Leonor!

—¿Te encelas?

—No, pero no me gusta.

En seguida habló Chucho con una señora casada que estaba en un cenador con su hija pequeña.

A la sazón dos caballeros un poco apartados de la reunión, no habían perdido uno solo de los movimientos de Chucho.

—¿Qué opina usted del Ninfo?

—No es él quien me llama la atención sino las señoras.

—¿Por qué?

—Porque lo aceptan, en lo general, con entusiasmo.

—Yo creo que se burlan de él.

—Está usted en un error, yo creía lo mismo porque es natural creer que la mujer tiene formado otro bello ideal del hombre; pero no así: la mujer tiene sus aberraciones y esta es una de ellas. Ese jóven afeminado no solo es bien recibido, hay algo más.

—¿Es posible?

—Vea usted aquella jóven del vestido color de rosa.

—¿Ernestina?

—Sí, creo que así se llama.

—Y bien?

—Esa jóven está profundamente enamorada del Ninfo.

—Pero bien, es una niña.

—Observe usted aún.

—¿A quién?

—A Mercedes.

—¿La mujer de Cárlos?

—Sí.

—¿Sería posible?

—Vea usted qué desgracia!

—Pero si Cárlos es todo un hombre y comparado con ese títere.

—Estudie usted y se persuadirá de que tengo razón.

—¿Pero qué clase de atractivo tiene ese jóven?

—Todavía no de usted rienda suelta á su sorpresa, ya le impondré á usted de otras cosas.

Un grupo de pollas se había colocado cerca de un cenador.

—El que más me gusta es Chucho.

—Nadie esta tan bien vestido como él.

—¿Has visto que boca tan preciosa?

—¡Y qué pié!

—¡Y tan elegante!

—¿A Ernestina la enamora?

—Se divierte con ella, á mí me lo dijo.

—Todas dicen que es muy enamorado; pero no es cierto; lo que tiene, es galante.

—Es cierto, á mi me galantea pero no me enamora.

—Conmigo hace lo mismo.

—Pues á mí, no me gusta Chucho; es demasiado pulcro.

—¡Están verdes! dijo una polla cantando.

—¿Verdes? si yo quisiera...

—Ya se ve, como que eres tan bonita.

—No, pero tengo mis razones.

Dos de estas pollas estaban más que en buena disposición para corresponderle á Chucho, y allá en el mundo encantado de sus ensueños de niñas, adivinaban una dicha misteriosa y rara en el amor de aquel pollo tan buen mozo, tan elegante, tan aseado y tan simpático.

En cuanto á Mercedes, debemos decir que en el campo de sus elucubraciones, se cruzaban en tumultoso torbellino ideas que la hacían estremecer.

—¿Porqué ví á ese jóven? Es cierto que casi no más es que un niño, pero ¿por qué me persigue su imágen por todas partes? ¿por que me hace temblar

á pesar mío? Ayer oí decir que es fátuo, que es tonto y aun le tacharon de..... no sé qué...... y esto en vez de alejarlo de mí memoria, lo acerca á mí, porque lo compadezco; es la envidia porque no es brusco y ordinario como los demás. Temo que me venda mi emoción, quiera Dios que no me hable...... no me hablará, se lo tengo prohibido... ¡Ay Dios mío! si lo notaran...... No debí haber venido, porque no me siento con fueazas para aparecer serena ó indiferente, ni siquiera contenta.

—Mercedes, dijo Cárlos, viendo á Merced en el cenador, ¿qué haces aquí tan sola?

—Me parecía que la niña está mal.

—¡Mi hija! ¿qué tienes? preguntó Cárlos á su hija acariciándola.

—Estoy cansada, papá.

—Le hace daño el sol, agregó Mercedes y la traje aquí donde hace menos calor.

Perez estaba allí.

Perez había ido en el coche, con Cárlos y Mercedes.

Perez se había encargado de los abrigos, de las sombrillas y de algunos bultitos que contenían los botines usados de Mercedes y la botella de la bebida de la niña.

Aunque aquel círculo representaba una parte bien encopetada de la sociedad, todos conocían á Perez y Perez conocía á todos los concurrentes y á todos los cocheros.

Perez había cuidado de que se sombrearan los coches, había encontrado lugar para poner abrigos y paraguas, y era un intermediario utilísimo entre los convidados y los anfitriones y aun le sobraba tiempo para tomar parte en las intriguillas de amor.

Cuando vió que Cárlos hablaba con Mercedes se puso en guardia, se acer-

có, fingió andar distraido pero observaba.

En seguida sustituyó á Cárlos en el cenador y entró acariciando á la niña.

—Hay novedad? preguntó con disimulo á Mercedes.

—No, está bien; está contento.

—Por Dios! mucho cuidado.

—Que desgraciada soy, Perez!

—Sea usted discreta; no se hablen.

—Dígale usted á Chucho que ni me vea.

—No tenga usted cuidado.

Ácto continuo; Perez hablaba con Chucho que era el único de los hombres que no jugaba á los bolos, pretextando estar enfermo del brazo derecho pero en realidad lo que Chucho evitaba era el quitarse los guantes y descomponerse la ropa con ese ejercicio, para Chucho tan fastidioso, de los bolos.

—Te voy á pedir un favor, Chucho·

—Cuál?

—Que ni la vista le dirijas á Merceditas.

—Ya dijo algo Cárlos?

—No; pero ella está muy aflijida.

—Que tonta! dígale usted que no tenga cuidado, que voy á disimular enamorando á Ernestina.

—Eso es, porque esto de las señoras casadas es muy serio; no te expongas á un lance.

Lo que es por eso ya sabe usted que manejo las armas.

—Ave María Purisima, niño!

—No tenga usted cuidado.

He aquí el efecto que Chucho hacía en la reunión, efecto que Chucho conocía perfectamente y que por lo mismo lo infatuaba más y más.

Para Chucho el mundo era un festin hecho para él; vivía en sí mismo y nada

de lo que le rodeaba dejaba de contemplarlo como hecho para su deleite.

Las amargas censuras de que se apercibía lo enaltecían á sus propios ojos; ser el objeto de una crítica mordaz, era para Chucho un placer de amor propio; jamás pulla alguna dejó de estrellarse en la tranquila convicción de que era hija de la envidia.

Acreditarse de pillo en materias de amor era su aspiración favorita.

—He aquí un Lovelace, dijo un jóven á otro, refiriéndose á Chucho.

—Tiene usted fama de terrible, le dijo el otro jóven.

—No es para tanto: no me debo quejar de las mujeres, pero en realidad hago lo que todos.

—No; algo más que todos, por ahí hay algunas casaditas...

—Qué quiere usted las mujeres casadas.....

Al hablar de las mujeres casadas no podían referirse los jóvenes más que á Mercedes pero el plural halagó á Chucho y no lo reclamó; y era porque Chucho aspiraba más á que se le atribuyera un amor que á tenerlo.

A este vil precio hirió la honra de muchas mugeres honestas.



CAPÍTULO VII.

Otro matrimonio feliz que está preparando una erupción volcádica para cuando la escena la requiera.

ANGELITA y Gonzalez tuvieron una luna de miel estrepitosa; los dos eran muy alegres y no había semana que no se entregaran á los inocentes placeres de una tamalada, de unos chongos, de una merienda casera, ó de un bailecito improvisado.

Gonzalez era la solución del movimiento continuo, y traía á Angelita de casa en casa, de teatro en teatro, de tertulia en tertulia, y de noche de fonda en fonda; porque además de las es-

timables prendas que adornaban á Gonzalez, era gastrónomo.

Entre sus regalos de boda, envió á Angelita un diccionario de cocina.

Gonzalez era bueno, inofensivo, empleado de hacienda, y marido á pedir de boca; jugaba á las damas con su mujer y se chanceaba mucho con ella.

A su casa iba todo el mundo y él iba á todas partes; vivía deprisa y llenaba sus horas con una festinación extraña; se fijaba en todo y era distraido y olvidadizo.

Un día se le olvidó que Angelita le estaba viendo é hizo una declaración de amor á una señorita.

Esta distracción le proporcionó la dicha de hacer un descubrimiento.

Angelita era celosa.

—Adios! dijo Gonzalez, mi mujer tiene esa fea manía, si fuera como yo!

—Angelita, le dijo á su mujer al tercer

día de que esta no le había dirijido la palabra: perdóname lo de la declaración y no te vuelvas á formalizar por esas bagatelas.

En efecto la tal declaración de amor había sido en Gonzalez una humorada, que él mismo estaba muy lejos de formalizar; pero no hubo poder humano que persuadiera á Angelita de la inocencia de su marido: ruegos, súplicas; protestas, pruebas, todo fué en vano, Angelita puso el grito en el cielo, comunicó su desgracia á su famila, habló de divorcio, de separación, de alimentos, y de otra porción de cosas graves, y se empeñó por último en acabar con la paz del matrimonio, y consiguió tambien que el bueno, el sencillo, el pacífico Gonzalez se formalizara en fuerza de aquella obstinación estúpida.

La gravísima cuestión de la felicidad doméstica; en la que tanta parte tiene

la mujer, suele ser arrojada por esta al basurero en un tumbo de dados.

La falta de prudencia en la mujer, está convirtiendo todos los días los nidos de palomas en pequeños infiernos.

Gonzalez se enflaqueció en quince días, y lejos de buscar en su casa el solaz y el descanso, y de ir con ansia á probar la miel de los placeres domésticos se fastidiaba sentado en un café, ó inventando nuevos modos de distraerse.

Volvía á su casa con la esperanza de un cambio favorable; insistía de nuevo, hablaba mucho, y no conseguía más que oir llorar en todos los tonos, y volvía á salir al aire libre.

Tan obstinada anduvo Angelita que Gonzalez tuvo ocasión de contraer una amistad.

Fué invitado una noche para concurrir á un bailecito: la manera misterio-

sa con que lo convidaron le picó la curiosidad.

Angelita había acertado aquel día á estar insoportable, de manera que Gonzalez deseaba la noche con ánsia.

El bailecito estaba ameno: las niñas eran alegres, los hombres conocidos, la cena abundante y la cordialidad no tenía límites.

Muy pronto Gonzalez tuvo compañera: era una jóven de hermosos ojos; de flexible talle y de buenas maneras.

Se llamaba Concha.

No había amado más que á Arturo que murió en un duelo, y á un general que se había lanzado á la revolución, como su papá; que ya era coronel.

Los lectores de la *Linterna Mágica* ya conocen á Concha.

Pues Concha era la compañera de Gonzalez.

Gonzalez acometió la empresa de

consumar su primera insidelidad, como por vía de compensación ahogando el último escrúpulo en ponche caliente.

Muy pronto llegó á conocer Angelita que Gonzalez había cambiado efectivamente.

Aquel matrimonio era ya desgraciado.

....

Cuando Chucho el Ninfo se retiró á su casa la noche del día de campo, lo primero que hizo al llegar, fué mirarse al espejo y obsequiarse á sí mismo con una sonrisa; saco de sus volsillos una violeta, que colocó entre las hojas de un libro, y escribió la fecha del día, en la página; en seguida sacó un pañuelo perfumado y lo guardó en una cajita, y por último desdobló un billete amoroso y se puso á leerlo en voz alta:

«Chucho de mi vida,» decía el billete, «solo te escribo por si no tenemos

tiempo para hablarnos. ¿Es cierto qué me amas? dímelo mil veces. Ya sabes que yo seré hasta la muerte tu

«Ernestina.»

—Esto no vale nada, exclamó Chucho, esta es una niña, pero de tan buena familia, que es necesario seguir en estas relaciones ¡Ah! yo creo que me ama con locura... Ya veremos.

En cuanto á Lola y á Julia, ya cayeron; y son tres; pero la que me tiene inquieto es Mercedes; su marido es tan brusco... Muy bien Chucho has hecho hoy un efecto mágico... Ya se vé, era yo el más elegante; pocos saben vestirse como yo...

En seguida Chucho llamó á su camarista, que comenzó á desnudarlo.

Al día siguiente, Chucho se vistió estudiando la manera de hacer completo contraste con el traje de la víspera, y se dirijió á la casa de Merced, á

hora en que Cárlos no estuviese en casa.

Encontró á Mercedes entregada á sus labores domésticas.

Su saludo fué casi sin articular una palabra.

Merced le dió la mano temblando y al cabo de un rato de silencio dijo:

—Me concede usted por fin, el favor que le he pedido.

—¿Cual?

—Que no nos veamos más.

—¿Por qué?

—Por compasión.

—Yo no puedo abandonar á usted nunca.

—¿Ni en obsequio de mi tranquilidad?

—Usted no estará más tranquila cuando no nos veamos, á menos que mi presencia le sea á usted odiosa; lo cual no creo.

—¿Y el odio y el amor, preguntó Mercedes, deberán ser los únicos móviles de nuestras accione? Yo he tenido la debilidad de no poder ocultar lo que siento, pero en cambió tendré la fuerza suficiente para luchar conmigo mismo y sacrificar mis sentimientos á mis deberes.

Chucho, para quien no era el amor sino la fatuidad el móvil de sus acciones, á falta de un arranque apasionado, de que no era capaz, recurría á medios mezquinos para luchar.

—Y está usted segura de que su marido de usted cumple á su vez con esos deberes?

—Sí.

—Es usted muy niña, usted no sabe lo que pasa.

—No quiero saberlo, interrumpió Meredes temiendo el efecto de esta prueba.

—Pues bien, está usted en su derecho, es usted libre desde el momento en que Cárlos ha roto los lazos...

—No siga usted.

Mercedes á su vez no sabía luchar, pero en su interior sentía toda la fuerza y la energía suficientes para resistir á la seducción á pesar del vivo amor que sentía por Chucho.

—De todos modos, ruego á usted que esta sea nuestra última entrevista.

—Imposible.

—¿Pretende usted perderme?

—No, amarla siempre.

—Usted no me ama.

—Con toda mi alma.

—Pues si ese amor es verdadero, respéteme usted y ennoblezca su cariño con un sacrificio.

—Esos sacrificios son de las comedias, Mercedes, y yo no soy cómico.

—¡De las comedias!...... yo creo

que esos sacrificios son de las almas grandes.

—La mía es pequeña y no me comprometo á hacer ese sacrificio; no puedo porque la amo á usted.

Cuando á este punto llegaban, por lo general el diálogo era interrumpido por una de esas mil contrariedades que surgen en el hogar doméstico: mucho tiempo pasó sin que llegara la solución tan deseada por Merced, cuanto temida.

Al recorrer los datos de esta historia, nos hemos preguntado algunas veces: ¿Por qué Mercedes amaba tanto á Chucho y no á Cárlos? ¿qué especie de prestigio fatal revestía á Chucho que para ciertas mujeres era de un atractivo irresistible? Cárlos valía más y era más digno del amor de Mercedes, ¿por qué, pues no lo amaba?

¡Cuan difícil es penetrar en el cora-

zón de la mujer y explicarse las aberraciones en que incurre!

Ya hemos dicho que el primer pensamiento que preocupó á Mercedes recien casada, fué el que contiene esta frase:—Ya estoy casada.

Cárlos había pensado lo mismo.

A este pensamiento sucedió un vacío; al vacío la tristeza; á la tristeza el fastidio.

Mercedes encontraba á Cárlos frío, sério y demasiado circunspecto, aunque nada tenía que reprocharle.

Cárlos pensaba que Mercedes era incapaz de comprenderlo.

Mercedes, movida por los primeros impulsos vagos y sin objeto del amor, encontró por lo pronto en Cárlos una encarnación que convirtió en su objeto amado; pero en el fondo misterioso del corazón de la muger hay gérmenes que no se desarrollan, é impulsos que

perecen al soplo de no sabemos que viento frio y funesto.

El amor de Mercedes no encontró incentivos en el matrimonio; no parecía sino que este enlace había segado un botón, había inutilizado un gérmen, y al presente se convertía en la tumba de las ilusiones de ayer.

Cuando Mercedes procuraba explicarse estas tristezas y estos desvíos, no encontraba más que un motivo:

Decían que Cárlos era hereje.

Y lo era en efecto? No, Cárlos era simplemente despreocupado y su ilustración le había permitido proscribir los errores del fanatismo.

Mercedes, por el contrario, tenía la religión de la forma y estaba acostumbrada á no examinar ni su propia fé, á no discutir, por no pisar un terreno vedado; á obedecer, por no incurrir en una falta; á detener el vuelo del pen-

samiento, por no penetrar á la región del pecado.

Como todas las imaginaciones perezosas y como todas las almas débiles, el mundo espiritual que envuelve las altísimas cuestiones de la moral y la filosofía estaba convertido para Mercedes en un comercio sencillísimo y fácil; y deprimiendo sus propias facultades y coartando el desarrollo de sus ideas, limitaba lo espiritual y todo lo grande á una práctica material: no mediaba para Merced más distancia entre su alma y su salvación, que la que había de su casa á la iglesia: la inmortalidad, la gloria, Dios, estaban al alcance de su mano con la intervención de un sacerdote con quien Mercedes creía tener una cuenta corriente de fácil y espeditivo saldo; de manera que cuando Mercedes pensaba mucho en Chucho el Ninfo, y esto, como era na-

tural, le parecía malo, se confesaba, cumplia la penitencia y quedaba tranquila.

Mercedes no tenía la intención de faltar á sus deberes, antes bien, abrigaba la seguridad de combatir á todo trance aquel peligro. No podía despedir á Chucho; Chucho era muy bien recibido por Cárlos, era un jóven muy caballero y muy distinguido; y el confesor de Mercedes había opinado que no debía exacerbarlo y convertir tal vez una idea loca y vaga en una pasión funesta.

Mercedes no tenía más que dos cosas que ocultar á su marido: su amor á Chucho y sus repetidas confesiones y de vez en cuando alguna que otra conferencia con doña Rosario; porque, como según decía la familia, Cárlos estaba tan mal dispuesto, que no era prudente tener intimidades de las que pudiera resultar un disgusto.

En cuanto á Chucho era incapaz de todo arranque apasionado y fogoso; era frío por temperamento, frio por egoismo y retraido en su ensimismamiento; de manera que para Chucho, el amor no era el impulso irresistible que lo inducía á obrar. Chucho aceptaba el amor como asunto de entretenimiento y pábulo á su vanidad: Chucho sabía quitar el honor á las mujeres, como los niños se quitan unos á otros sus juguetes: sus empresas amorosas no las coronaba el resultado inmediato de sus víctimas, sino el escandalillo y el rum rum de las gentes.

Chucho prescindía de toda conquista á la sombra, y no tenía atractivo para él un amor oculto ni unas relaciones amorosas que no le atrajeran la envidia y la murmuración de propios y extraños.

Y no se crea que describimos en

Chucho un ser fantástico, novelesco, y que á fuer de aparentar originalidad le prestamos tintas de nuestra propia cosecha, no señor; por desgracia en esta época y en esta sociedad abundan estos adeptos del escándalo y de la inmoralidad.

Chucho había aceptado el amor como su profesión, como su destino, y estaba persuadido de que la bella mitad del género humano es una colección de cháchara para regalo del hombre que sabe dedicarse á estos inocentes entretenimientos.

Por eso para Chucho el Ninfo eran bagatelas las altas cuestiones del honor, de la felicidad doméstica, del porvenir de la mujer, del respeto á las leyes; y estaba muy lejos de comprender ni la abnegación ni la nobleza en el amor.

Chucho se ocupaba en el mundo so-

lo de sí mismo, y en consecuencia, su primera conversación, su primer asunto era su persona, y para enaltecerla decía, haciendo alarde de un cinismo que le parecía de muy buen efecto:

—Yo no soy jugador, no soy borracho, no soy ladrón, lo único que tengo es alegre: me gustan las hembras y nada más, y como todas me hacen formal me dedico al ramo.

Chucho solía con frecuencia verse rodeado en una cena de Fulcheri, de media docena de pollos á quienes se encargaba de edificar. Allí era donde Chucho se daba el papel de protagonista, y donde se exhibía abiertamente y sin reserva.

Hacer alarde de cinismo y desvergüenza, y afectar una filosofía disolvente é inmoral es patrimonio de nuestros modernos Lovelaces de quince años.

Algunos conocidos de nuestros lec-

tores rodeaban una vez á Chucho el Ninfo en una mesa de café.

—Que afortunado es ese maldito! dijo un pollo que se llamaba Pio Prieto, y permitiéndose este adjetivo: *maldito*, como su entrada á la confianza de Chucho.

—Por qué? preguntó este.

—¡Cómo por qué! yo le conozco á usted más de cuatro muchachas á cual más lindas.

—Que cuatro! dijo Pío Blanco tiene más.

—Contémoslas, dijo un tercer pollo que se moría por refrescarle la sangre á Chucho.

—Ernestina! dijo Pio Prieto, sacando los dientes.

—Y Lola, agregó Pío Blanco.

—Y Mercedes.

—Calle usted Pío, dijo Chucho pavoneándose de satisfacción.

—¡Qué dichoso es usted! agregó Prieto, lamiéndose los labios.

—Todo por tres chicas! eso no vale la pena.

Chucho el Ninfo no avanzaba sustancialmente en sus pretensiones con Mercedes, y esta seguía luchando con denuedo; pero en cambio se murmuraba ya en alta escala de estos amores, que Chucho negaba de una manera tal, que cada negativa suya era una confirmación.





CAPÍTULO VIII.

El amor considerado como artículo de primera necesidad.

Entretanto, Gonzalez creía haber encontrado una perla en el muladar, y se felicitaba por haber tenido esa fortunita.

—La chica es guapa, exclamaba Gonzalez á sus solas; yo siento ser infiel, pero como ha de ser!... mi muger se ha empeñado en hacerse odiosa, y las cosas han venido de rodada. Si yo hubiera seguido siendo caserito merced á las buenas prendas de Angelita, no hubiera andado de aquí para allí

como un loco buscando entretenimiento; pero Angelita llegó á aburrirme y me sucedió esta atrocidad... y ahora á lo hecho pecho, adelante; yo procuraré que mi muger nada trasluzca; porqué si tal cosa sucediera me armaban un escándalo gordo.

Dirémos en que predicamento encontró Gonzalez á Concha.

Concha había amado, como saben ya nuestros lectores; primero á Arturo después al general y después á Pio Blanco. Tras de Pio Blanco asomaron la cabeza las mil necesidades que Concha hasta entonces había tenido cubiertas.

La mujer, tan mal jugada en materia de equilibrio social cuando pasa de la categoría legal de esposa ó hija, tiene que convertirse en la *orquídea* de un individuo del sexo fuerte por razón de equilibrio; pero he aquí que toda

unión que está fuera del órden moral establecido, subsiste á merced de todas las contrariedades y de todas las vicisitudes.

La mujer fuera de la unión legítima se pone enfrente de todas las humillaciones, y comienza una lucha en la que siempre deja con los jirones de su pudor los restos de toda su valía moral.

Concha vió con horror su vestido de seda el primer día que le faltó pan: y se puso á pensar en el precio del pan con toda la amargura del hambre.

Hasta allí se lo habían dado los que la habían amado; pero ya nadie la amaba.

Concha le preguntó á la sociedad por su derecho al pan cuotidiano; y la sociedad no le enseñó una panadería sinó un espejo.

La moral le enseñó un castigo.

Solo el amor era su sosten: tenía que subsistir por el amor.

Esta exijencia es la más terrible de las necesidades. Los desheredados de la fortuna, tienen derecho á los consuelos de la moral, de la filosofía, de la estimación y hasta del orgullo; pero las desheredadas del amor, llaman á las puertas del festin muertas de hambre y solo la humillación que las afrenta les entreabre las puertas.

Concha no amada por nadie sintió todo el terror del aislamiento; y cada día que pasaba sin homenajes, sin sonrisas, sin generosidades, deletreaba estremeciéndose la traducción de esos beneficios en un sola palabra *hambre.*

Concha que hasta entonces no había necesitado ni aun ser coqueta para ser amada, pensaba el mendigar amor al precio de mil humillaciones.

Y los dias pasaban con toda la pro-

sa de sus incesantes exigencias, sin que un solo galan la redimiera, sin que hombre alguno viniera en pos de sus atractivos... Nada, ni un postor, ni un impresionable... ¡el sexo fuerte parecía haberse olvidado de si mismo!

Concha pensó en trabajar; pero el trabajo era tan rudo para sus manos engreidas en la ociosidad, y la recompensa era tan mezquina que se mataría trabajando inutilmente; sin embargo consiguió costuras y se sentó á coser pensando más bien en el monto de sus deudas y en el jornal insuficiente, que en la costura; y los complicados cálculos aritméticos en que se divagó echaron á perder su trabajo.

Cortó mal, se equivocó, y comprendió al terminar el día que tenía que pagar la costura, y se entregó á la desesperación y las lágrimas.

Así la encontró Pio Prieto, quien

por vía de consuelo le propuso llevarla á un baile.

Al principio Concha desechó la idea, pero á instancias de Prieto fué animándose, porque en su mente atravesaba una esperanza que ni á sí misma quería confesarse.

En esta disposición encontró Gonzalez á Concha, quien en lo intimo de su pensamiento creyó tener ya la solución del presupuesto mientras que Gonzalez según hemos visto, se regocijaba de aquel golpe de fortuna que lo iba á indemnizar de los malos ratos que le daba Angelita.

Pero hay lunas de miel que acaban muy pronto; y Gonzalez tuvo de ello una prueba prematura, porque poco después del notable menoscabo de sus quincenas se le apareció un día doña Lola la madre de Concha.

—Caballero, le dijo á Gonzalez con

voz ronca, pues doña Lola había enronquecido y envejecido al lado de un compadre suyo, llamado D. José de la Luz —Caballero al fin soy madre y veo por mi hija, que á Dios gracias, no siempre se ha encontrado en tan mala posición como usted la vé; y esto clama al cielo, porque mi Conchita está acostumbrada á otra cosa de manera que como usted la quiere, según sé, y es usted un hombre decente, vengo á saber de cuanto es la pensión.

—¿Qué pensión? preguntó Gonzalez.

—Quiero decir, ella no pide lujo; pero está muy empeñada y está perdiendo todas sus prendas.

A Gonzalez se le vino el mundo encima; y ante aquella calamidad no había más recurso que una transacción ruinosa, que aceptó al fin Gonzalez como el primer paso para su perdición,

en obvio de los escándalos que le amenazaban.

Mientras esto le pasaba á Gonzalez, Chucho el Ninfo procuraba hacerle á Angelita menos monótonas sus largas horas de aislamiento; de manera que el horizonte no se presentaba de lo más halagüeño para Gonzalez ni por parte de Angelita ni por parte de la feliz compensación que había creido encontrar en Concha.

El amor como se ve, estaba siendo el móvil de todos los acontecimientos.

Concha necesitaba el amor como alimento nutritivo y como solución favorable.

Gonzalez lo tomaba en grandes dósis como la zarzaparrilla de Bristol.

Mercedes lo aceptaba como veneno.

Cárlos lo veía alejarse como ilusión.

Y Chucho el Ninfo lo usaba como sus levitas, y alimentaba con él la serpiente de su vanidad.

El niño vendado de antaño es un gran autor en la comedia humana y desempeña en algunas pitipiezas múltiples papeles.

En cuanto á las pollas que Chucho enamoraba, eran calificadas por él como moneda corriente, porque no le oponían resistencia, y con esta confianza, Chucho hacía todos los días una ó dos conquistas de este género.

La muger en su primera edad, considera al hombre como un bonito juguete: por eso las niñas se enamoran del pollo más pulcro y más insustancial, del que tiene más bonitos ojos y es más afeminado.

En este terreno, Chucho el Ninfo no tenía rival. El último animal de la escala, llamado el rey de la creación, el hombre, es para las pollas un problema oscuro y sin atractivo; de manera que un pollo almibarado mientras más se

aleja del tipo ideal del hombre, tiene más aceptación entre esas larvas humanas que se llaman pollas.

Chucho el Ninfo pintándose los lábios y calzándose ajustados los botines, haciéndose rizos en la frente, oliendo á magnolia y hablando despacio, no tenía precio en la región de las larvas.

En algunas mugeres, especialmente en las poco ilustradas, queda en su mente, aun en su mayor edad, el bello ideal del hombre en su estado de pollo; porque una imaginación poco cultivada no llega á comprender el tipo *hombre* en la plenitud de su magestad y su verdadera belleza.

La muger poco instruida está expuesta á elegir por esposo una nulidad social, y cuando esa cadena eterna y sagrada que se llama matrimonio cae sobre el cuello de dos esposos que lo fueron en virtud del atractivo de un

labio masculino teñido con carmin, ó del corte de un chaleco de Gardoqui, no hay que esperar, fundadamente, en que la unión moral no sea un infierno abreviado.

Mercedes y Cárlos se habían amado, pero no se habían unido.

Lo mismo les había sucedido á Gonzalez y Angelita.

Hijas de la misma madre Angelita y Mercedes, habían visto el mundo de las dimensiones de su vista miope; al hombre lo habían juzgado por la forma y por la bolsa, y sin ir más allá, habían hecho en su pequeño mundo lo que todos, hasta casarse.

De manera que cuando estas dos jóvenes habían empezado á conocer el mundo práctico se habían espantado.

Angelita se obstinó en encontrar una desgracia irreparable en un hecho sin trascendencia; creyó que su marido

le era infiel, que ella había hecho una barbaridad casándose con Gonzalez y aceptó de lleno el papel de esposa infeliz.

No tenía ella la culpa de no encontrar soluciones más allá de sus cejas. Las mil complicadas combinaciones de la unión moral, la obra espiritual de la fusión de dos almas y la práctica de las virtudes prudencia, amor y abnegación eran para Angelita y para Mercedes un dédalo de dificultades, una trigonometria incomprensible.

En medio de este aislamiento moral, de esta negación de espiritualismo vieron bonito á Chucho el Ninfo y lo amaron.

El primer impulso de amor pertenece á la forma.

El amor se exhibe primero para los que ven.

Consiente con los que sienten.

Y se engrandece, se inmortaliza y se sublima con los que piensan.

Chucho el Ninfo era el ideal de todas las mujeres tontas.

El hombre como elemento, como résidencia y como agente es el amor mismo, en virtud de su sensibilidad.

Pero la inteligencia es el sello sublime del amor, la eterna luz, el lazo eterno que une el cielo con la tierra.

La falta de una educación filosóficamente moral y la imposibilidad de que cada sér sea perfecto y precozmente avisado, engendraron una aberración que se llama el diablo.

Doña Rosario lo veía con cuernos y le tenía un miedo horrible á sus uñas y á su trinche de dos puntas, y de puro miedo se metía en la iglesia.

Angelita lo veía tentando á su marido para que hiciera declaraciones amorosas delante de ella.

Mercedes le veía en Chucho el Ninfo, en sus ratos de fervor religioso, y ¡cosa rara! cuando lograba ver á Chucho el Ninfo en esta forma se consolaba, porque encontraba entonces una solución fácil y espeditiva á su situación pues sabía de memoria todas las recetas reconocidas como útiles contra el diablo.

Pero cuando Chucho traía una levita nueva, lo cual acontecía con mucha frecuencia, cuando se presentaba con su boquita entreabierta y su cabellera rizada y lustrosa, con su pié de mujer, con sus miradas de ángel, con sus manos de seda y con todos sus primores, Merced se olvidaba completamente del diablo y no sabía que hacer.

En cada una de estas perplejidades, Chucho daba un pasito.

Y cada pasito de Chucho era un resbalón de Merced.

Al resbalón seguían las lágrimas, luego el arrepentimiento, luego la confesión y al último la penitencia.

A este grado de cosas Chucho se quedaba esperando, porque una de las virtudes de Chucho era la imperturbabilidad.

Y en medio de estos compases de espera, cuando le preguntaban á Chucho:

—¿Y Mercedes?

—Ahora está santa, contestaba, y se entretenía con otra cosa.

Como todos tienen que hacer algo en el mundo con este personaje que se llama el diablo, diremos que á Perez se le presentaba en dos piesecitos azules: los de Elena.

A Elena se le apareció al oir la marcha de Norma que tocaron en su casa, al presentarse el coronel Aguado.

A Aguado se le presentó en los graciosos hoyitos de las manos de Elena.

A D. Francisco también se le apareció así; y desde entonces, quiere decir, durante diez y siete años, D. Francisco recordaba al diablo viendo á Chucho.

En cuanto á Chucho, debemos decir que el diablo no tenía para él un papel ostensiblemente importante, pero no por eso dejaba Chucho de tener algo que ver con este sugeto.

A pesar de los diez años que Chucho pasó al lado de su papá el señor don Francisco, conservó los restos de su primera educación en materia de creencias, pero de una manera original, si bien común por desgracia.

Chucho no medía la deformidad de sus faltas ajustándose á las leyes estrictas de la moral, ni dejaba de obrar en el sentido que le dictaban sus pasiones por respecto á la sociedad ni á sus deberes, sino que se había acostumbrado á complacer á su conciencia por

medio de ciertas compensaciones espeditivas.

Cuando ese aviso secreto de la conciencia hacia vacilar á Chucho en medio de su perversión; cuando sentía ese reproche íntimo é irresistible que obliga al hombre á conocer el mal que hace; Chucho seguía resueltamente el consejo de sus pasiones y después se lavaba las manos.

Chucho no dejó en todos los días de su vida de tomar agua bendita. Tenía una pilita de alabastro, recuerdo de su mamá, y la tenía siempre llena: todos los días tomaba agua bendita en alguna iglesia y rezaba una salve á la Vírgen, que era una devoción muy buena, que le habia enseñado Elena y que Chucho jamás dejo de practicar; además, oia misa y rezaba el Trisagio el día primero de cada mes: las demás devociones las había olvidado por pa-

recerle demasiado embarazosas y porque, según él decía, con aquello le bastaba, por otra parte, Chucho tenía alta idea de la caridad, y la hacía con cierto fervor de que él mismo quedaba muy contento.

Todos los días le daba medio á un pobre, y al darsélo formulaba poco más ó menos esta plegaria:—Dar de comer al hambriento es una buena obra: Dios me la reciba en descuento de mis pecados.

Y daba el medio al pobre con la seguridad de que la tal plegaria atravesaba el cartón de su sombrero alto y llegaba al Empíreo. En esto estaba Chucho también muy en sus estribos y sabía bien que las oraciones de los pecadores llegan á donde se las envía con toda exactitud.

Este era Chucho, que si bien era conocido por el nombre del Ninfo, el

lector habrá tenido ya ocasión de compararlo á esa pequeña víbora de la Tierracaliente, que se llama Coralillo, vestida con hermosos colores, pero cuya picadura es mortal.





CAPÍTULO IX.

El diablo.

VALE la pena de dedicarle al diablo algunas líneas, para que veamos prácticamente la influencia que ejercía en nuestros personajes este sugeto de tan malos antecedentes. Retrocedamos.

Un miércoles á las ocho y media de de la mañana, el desayuno de la casa de D. Pedro María tenía un aspecto de verdadera fiesta.

Presidía la mesa el Padre Martinez, que saboreaba su predilecto Caracas con envidiable satisfacción.

Doña Rosario acababa de quitarse la mantilla y había quedado con su saya de gro azul y una pañoleta blanca de encajes.

D. Pedro María tenía un chaleco de terciopelo azul labrado á fuego, y estaba sentado junto al padre Martinez.

Angelita vestía tambien de azul y las dos tías, aunque más modestamente ataviadas, tenían una de ellas una mascada de gasa-blonda azul celeste al cuello, y la otra una mascada azul de la India.

En el mismo comedor y sobre la cómoda de los trastos se había levantado un altar de tres gradas, sobre las cuales descansaba un gran nicho que encerraba una escultura que representaba la Purísima Concepción de María: ardían cuatro velas en el altar, que tambien estaba adornado de blanco y azul.



Un palo al diablo.

—De modo y manera, exclamó don Pedro María tragando un medio bizcocho impregnado en chocolate; de modo y manera, repitió, que el diablo ha llevado hoy por nuestra cuenta una buena corrida.

—¡Y cómo que sí! replicó una tía sirviéndose leche: el enemigo malo ha de estar hoy contra nosotros que chille.

—Todo ha salido á las mil maravillas, dijo doña Rosario no cabiendo en sí de satisfacción: figúrense ustedes que el domingo después de la consabida enfermedad...

Todos soltaron una carcajada, recordando la farsa del sábado en la noche.

—La tragó el marido, exclamó una tía con el placer con que hubiera pensado en una píldora de estricnina tragada por un lobo.

—Y vaya si la tragó ¡pobre! dijo la otra tía.

—Pues como iba diciendo, continuó doña Rosario procurando atraerse toda la atención de su auditorio y olvidándose hasta de su chocolate: á las seis del domingo, ya Mercedes y yo estábamos en la calle.

—¿Y Cárlos mandó recado? advirtió D. Pedro María.

—Sí, contestó doña Rosario, á las cinco y media mandó preguntar como seguía Mercedes y se le contestó que había pasado muy mala noche y que estaba aún recogida. En punto de las siete llegó el padre Martinez á Jesús María ¿no es verdad, padre?

—A las siete en punto; sí, mi señora, cita inglesa.

—Apenas se había plantado el padre en el confesionario, ¡cataplum! allá va Mercedes.—Anda, hijita, bendita de Dios, le dije; aquí ofrezco mientras la confesión:—la pobre de mi hija se pu-

so á la reja; yo la ví, y no tienen ustedes idea del placer que sentí al verla confesándose.

—Con razón! dijo una tía.

—Ya se vé! dijo el padre Martinez.

—Naturalmente! agregó don Pedro.

—Pues bien, continuó doña Rosario ¿qué, creerán ustedes que aquello fué muy largo? no señor, en menos de un cuarto de hora despachó; y ví con el rabo del ojo la mano del padre Martinez y oí clarito clarito el *ego te absolvo*. —Ahora sí, dije, para mí, ya el diablo la llevó: salimos de la iglesia y á toda prisa nos venimos á casa: ya Cárlos había mandado otros tres recados, y según el criado, estaba furioso.

—Vea usted que energúmeno, dijo una tía que era la que siempre daba el pié forzado para toda murmuración.

—Ya se vé, observó el padre Martínez, él solo estaba pensando en el día de campo.

—Y mal se avienen, agregó D. Pedro, la pureza y la gracia del alma, con el deseo de los placeres.

—Naturalmente! exclamó doña Rosario, que diferencia entre una jóven que acaba de recibir la gracia de Dios y un hereje de la calaña del tal don Cárlos.

—Vamos, muger; le dijo D. Pedro en tono de reconvención.

—Si no puedo ver á los herejes, no consiste en mí, pero les tengo muy mala voluntad.

—No se carece de razón para ello, dijo el padre Martinez; pero lo mejor es, tener piedad de sus culpas y procurar inducirlos á abjurar de sus errores, porque al fin, su Divina Majestad tarde ó temprano, se digna tocarles el corazón y los pobrecitos herejes tienen que cantar la palinodia.

—Pero, no crea usted que se consi-

ga nada acerca de Cárlos; yo por lo menos no me he de meter á convertirlo, allá se lo haya, dijo doña Rosario; lo esencial es salvar á Mercedes, y eso parece que lo hemos conseguido.

—Por lo menos, el diablo ha llevado buen chasco, agregó una tía riéndose.

—Y dígame usted, padre Martinez, usted que sabe y ha estudiado sagrada teología: ¿el diablo es realmente de la forma con qué nos le pintan? porque, oiga usted, yo he visto diablos pintados y son verdaderamente horribles.

—¿Qué si son así? preguntó doña Rosario; vaya si son, ¿quién no conoce su figura? uñas muy grandes, especialmente las de los piés, cuerpo de hombre, por supuesto, cola como de mono, alas de pellejo, sin plumas, como las de los murciélagos, y cuernos retorcidos; así es como he visto siempre al

diablo ¿no es verdad? agregó dirigiéndose á todos como peritos en la materia.

—Exactamente así son los diablos, dijo una de las tías.

—Dicen, además, continuó doña Rosario, que los hay verdes y otros negros, y como medio rojizos.

—De modo y manera, dijo D. Pedro María, que efectivamente, padre Martinez, el diablo es como nos lo pintan.

—Se sabe, dijo el padre Martinez, que el fuego nuestro no es más que fuego pintado, comparado con el del infierno; y así calculo yo, que los diablos deben ser todavía más feos que los que nos pintan.

—Ese es un argumento que me convence, exclamó D. Pedro.

—Lo que yo no puedo comprender, dijo la tía, es ¿cómo esos diablos que

naturalmente son del tamaño de una persona, pueden hacerse invisibles y tentarnos y todo sin que nosotros los véamos?

—Eso es porque vienen en espíritu, señora; ¿no considera usted que si el diablo nos tentara viniendo del infierno con alas y todo lo veríamos venir, y nos familiarizaríamos con ellos ó quedarían expuestos á las acechanzas de los hombres? porque entre éstos los hay tan malvados que estoy seguro de que no faltaría alguno capaz de darle un palo al diablo.

—¡Ay que bueno! exclamó una tía, pues yo si pudiera le había de pegar uno que se había de acordar de mí para toda su vida.

—Yo no sé pegar; pero haría lo mismo que mi hermana, dijo la otra tía.

—Bien es, agregó el padre Marti-

nez, que los chascarrillos que el diablo se lleva á veces con los buenos católicos equivalen á un palo; sea este por ejemplo.

—Ya se vé, exclamó doña Rosario, si por eso estoy contenta: figúrense ustedes que en lugar de una alma que que el diablo disputaba, hoy se han purificado: las de mi marido y la mía dos, Merced tres, mis hermanas cinco y Angelita seis: ¡media docena de almas purificadas! por una que el diablo quiso corromper.

—Ya verán ustedes, dijo el padre, que esto es un verdadero palo.

Esto pasaba, como recordará el lector, cuando Mercedes llevaba poco tiempo de casada con Cárlos, y ya desde entonces el diablo tenía la interesante misión de pervertir á Mercedes. Diez años después, quiere decir, en la época en que hemos visto á Chu-

cho el Ninfo hecho un pollo, el diablo, si mal no comprendemos, persistía en su obra y ponía en juego los más pérfidos resortes.

Volvamos, pues, al cabo de esos diez años á la casa de D. Pedro María.

Los mismos muebles, el mismo aspecto tenía todo; solo las personas habían cambiado esencialmente.

Don Pedro María estaba muy viejo y muy enfermo; en doña Rosario había aún todo el vigor de la jamona que lucha con la navidades por medio de la rutina higiénica, pero no obstante, era ya una señora mayor.

Las dos tías estaban cartilaginosas y comenzando á momificarse en vida; una de ellas había perdido un ojo y la otra el oido, pero ninguna de las dos la lengua.

Pablito era, como hemos dicho, periodista y por lo tanto político y hombre de pretensiones.

Una tarde de Agosto, la sala de D. Pedro María estaba oscura; habían cerrado los balcones por temor á la tempestad y alumbraban con una luz amarilla una vela de la Candelaria, otra de Nuestro amo y una lamparita de aceite de olivo.

Parecía que del sofá se había apoderado las tres parcas. Estaban allí doña Rosario y sus dos viejas hermanas las tías de Mercedes.

Doña Rosario se enjugaba las lágrimas y las tías cartilaginosas se apretaban las manos; ni el padre Martinez, ni D. Pedro, ni el señor cura, ni siquiera Perez las consolaba. Estaban entregadas á su dolor, oyendo el rimbombar de los truenos, porque el cielo estaba enojado y en la imaginación de aquellas tres señoras las descargas eléctricas tenían este nombre, *la ira de Dios*: sin más razones que la que

tiene un boticario para llamarle á una infusión astringente agua del Papa.

Las viejas lloraban, temblaban y rezaban, y razón tenían: acababa de caer en aquella casa un rayo, pero no enviado por Júpiter, sino por el diablo. Este rayo era la certidumbre de que Merced era una esposa adúltera: las tías habían husmeado, habían puesto celadas, habían conjurado á las criadas de la casa de Cárlos, en nombre de su salvación eterna, á que dijeran la verdad, y la verdad había aparecido desnuda, asquerosa, descomunal.

Mercedes era criminal y nadie se habia atrevido á pensar nada mal de Chucho el Ninfo.

—Sobre que oye misa y reza y toma agua bendita, decía la tuerta; que yo lo he visto.

—De las pasiones del alma no es dueño Juan Carbonero, agregó la sor-

da, calculando que aquel refrán había de venir al caso en cualquier momento.

—¡Mi hija de mis entrañas! exclamaba doña Rosario.

—¿Y su marido?

—No lo sabe todavía.

—Pigúrese usted lo que sucederá cuando lo sepa, ¡Dios nos coja confesadas!

—Pero ¿cómo es posible que no lo sepa, cuando por todo México no se habla de otra cosa? continuó la tuerta. Ayer nada menos, estuve en Chiconautla y con lo primero con que me van saliendo:—¿Qué dice usted, mi alma? ¡qué desgracia la de Merceditas! haberse ido á enamorar de ese jovencito.—Pero si es un niño dijo doña Marta.—Eso es lo mismo que yo digo.—Yo no lo conozco.—Ni yo.—Pues yo sí lo conozco, les dije.—¿Y

qué tal?—Pues oigan ustedes, en obsequio de la verdad, Merceditas no ha carecido de razón; quiero decir, de disculpa, porque Chucho es como un dulce.—Dicen que es buen mozo.—¡Chulísimo¡—Pero de todos modos es una desgracia—¿Y no tiene padre?—¡Cómo no! el señor D. Francisco, el ricote.—Pero dicen que es su tío.—No, sino su padre.—Es hijo natural, pero D. Francisco es su padre, que yo lo sé bien, dijo doña Marta; que como saben ustedes es mujer que tiene tantas relaciones. Vaya, sobre que no hablamos de otra cosa en toda la visita, que fué larga; figúrense ustedes que un color se me iba y otro se me venía, porque al fin se trataba de mi sobrina y ya saben ustedes cuanto he querido á esta muchacha.

—Está muy en boga esto de los amores de mujeres casadas: ahí está

el divorcio de doña Luz, y el otro negocio de la calle del Indio Triste.

—Yo no vuelvo á ver á Mercedes, dijo doña Rosario.

—Ni yo.

—Ni yo, dijeron las tías.

—¡Jesús, María y José! exclamó la tuerta al oir un trueno; creo que ya se va á acabar el mundo, ¡oye qué tempestad! Rosario.

Y las tres ancianas se echaron en oración.

—A mí nadie me quita de la cabeza, dijo la sorda, que con la novena de San Judas Tadeo, la cosa se compone.

—¡Qué San Judas Tadeo! si esto ya se echó á perder, le gritó la tuerta á la sorda.

—¿Qué no? pues mira, en casa teníamos un pegote de hombre, que iba todos los días, que no nos dejaba á sol ni á sombra; llevaba unos papeles,

creo que era cobrador, yo no sé, pero es el caso que el hombre nos tenía la vida quitada; se lo dijo á mi comadre. —¿Quiére usted que se vaya? me preguntó.—¡Cómo no he de querer!—Pues récele usted una novena á San Judas Tadeo.—¿Es posible?—Y poderoso.—¿Y se vá?—Irremisiblemente.—Pues lo voy á hacer.—Pero oiga usted, comadre, antes es indispensable una cosa.—¿Cuál?—Que le ponga usted una estampa en el sombrero.—¿Qué estampa?—La de San Judas Tadeo; en el forro del sombrero.—¿Y después se reza la novena?—Sí, y antes que se acabe se vá.—¿Con seguridad?—Sí.—¿Y si no se vá?—Entonces es porque no conviene.

—Pues le pondremos una estampa de San Judas Tadeo á ese malvado, en el forro del sombrero.

—¿A qué malvado?

—A ese señor D. Jesús de mis pecados.

—Bueno.

—¿Qué te parece de esto, Rosario?

—Yo sé que esa es una devoción muy buena. Doña Teófila Lopez se la puso á su marido y hasta que se divorció; y las Jimenez se quitaron una visita de más de dos años, con solo la estampa de San Judas Tadeo: hasta ahora, cuantos casos se han ofrecido, en todos el santo ha hecho el milagro; hasta un pariente de las muchachas Ríos, que les comía medio lado, tomó las de Villa Diego un día antes de que se acabara la novena de San Judas.

—Pues está decidido, le ponemos la estampa, á ver si así quiere Dios que las cosas no vayan á más.

—Cuéntalo como en la bolsa.

—Pero ante todas cosas, dijo doña Rosario; que nada de esto sepa mi



El milagro de San Judas Tadeo.

marido, porque al pobrecito le costaría la vida esta pesadumbre.

No solo en la casa de D. Pedro María, sino en todos los círculos, se hablaba de estos amores escandalosos; y como se verá más adelante, esta publicidad no era debida precisamente á la perspicacia de los observadores, sino á la manera con que Chucho el Ninfo trataba estos asuntos.

Un día llegó á saberlo todo Elena, quien se creyó en el deber de reprender á Chucho severamente, á la sazón que éste se dignaba hacerle una visita á la señora su madre.

—Se habla mucho de tus amores escandalosos con una mujer casada.

—¿De mis amores? repitió Chucho con calma, ya sabe usted que hay gentes envidiosas y mal intencionadas.

—Pero es que esto se sabe de una manera cierta.

—No sé cómo, porque no hay nada que valga la pena de referirse.

—Tus contínuas visitas.

—¿Ya no puede uno visitar á nadie?

—Sí; pero dos ó tres veces al día es mucho visitar para quien no tiene interés en una casa; y luego, que no te conformas con ir, sino que vas en el coche de don Francisco que todo el mundo conoce, y no tomas siquiera la precaución de decir al cochero que vuelva por tí, sino que le haces esperar hasta que sales, y esto por mañana, tarde y noche; de modo que no hay una sola persona que pase por la calle de Zuleta, que deje de enterarse de que estás de visita en casa de Cárlos, ¿y asi quieres que no se murmure?

—¿Pero tengo yo la culpa de que las gentes sean maliciosas? Yo voy, es cierto; pero nadie me puede probar que yo tenga relaciones con esa seño-

ra, quien por otra parte es muy buena y frecuenta los santos sacramentos.

—Pues es necesario que tengas moralidad y que seas buen cristiano.

—Voy á misa.

—Pero no te confiesas.

—Cada año sí.

—¡Qué confesiones harás!

—Muy buenas, mejores que las de usted.

—Calla y no seas lenguaraz.

—No haga usted caso, mamá, de lo que le cuenten, porque todo ello no tiene más orígen que la envidia de mis detractores: ven que me visto bien, que soy elegante, que gasto lujo, y que se mueren por mí las muchachas; y no puedo yo acercarme á mujer nacida sin que desde luego me la atribuyan; otros hacen cosas peores, pero como son feos, nadie se fija en ellos, mientras que yo......

Elena tenía razón; porque Chucho en sus pretensiones con Mercedes había buscado antes el escándalo que la correspondencia.

Merced permanecía largas horas encerrada en su casa, porque su marido hacía mucho tiempo que había dado en ausentarse por largas temporadas para atender á algunos negocios que tenía en unas fincas de campo.

La enfermedad moral de que se sintió atacado este matrimonio pocos dias después de la luna de miel, se hizo crónica; de manera que la unión conyugal tomó ese aspecto de sociedad de conveniencia mútua á que llegan muchos matrimonios.

Merced era la sub-administradora doméstica: Cárlos el proveedor capitalista.

Y reinó allí la calma soporífera de las uniones frías, sostenidas solamente

por respetos y consideraciones mútuas. Ni la ternura, ni el amor, ni esa intimidad dichosa del hogar, ni las largas confidencias, ni las mil pequeñas peripecias conyugales que son las flores de un nido de amor indestructible; nada había quedado bajo el hielo de una especie de amistad ceremoniiosa y grave, y tanto Cárlos como Mercedes se sentian mejor cuando estaban uno del otro ausentes.

En medio de este aislamiento, Mercedes rescataba de entre las sombras de su pasado todas sus ilusiones vírgenes, todos sus sueños de muger, todo su caudal de sentimiento, y lo enagenaba por primera vez á la encarnación de su ideal, á Chucho el Ninfo, y temblando ante el crímen saboreaba con una delicia extraña su hiel de víctima.

Desde la monotonía de sus diez años de esposa, desde el erial desierto

de esta época de acabamiento y de languidez, se levantaba el alma de Mercedes al inusitado incentivo de una regeneración amorosa, jugando con las hechiceras creaciones de sus sueños, llamando á las visiones poéticas en su auxilio para emprender su encantada peregrinación por la región de los dulces sueños y de las auroras amorosas.

Mercedes sentía la sávia de su nueva vida como una de esas plantas silvestres moradoras de los desiertos y recogidas un día por hábil jardinero; todo era regeneración en su ser, y hasta le parecía que era otro sol el que la alumbraba, que era otra brisa perfumada y pura la que solía besar sus cabellos y la que aspiraba con desusada delicia; todo, hasta el aire empezaba á ser nuevo para Mercedes: era la mariposa que acababa de romper las paredes de

la crisálida en que vivió diez años, en que encerró una primera juventud precursora de una juventud reformada, lozana como la primavera; Mercedes, en fin, experimentaba en medio de un raudal de intuiciones desconocidas, el placer inefable de una alma que se diera cuenta de su metempsícosis con la conciencia de un ayer negro en la alborada de una vida edénica y sublime.

Mercedes se encontró de pronto frente á la naturaleza, y de pária de la vida se había convertido en uno de esos mil acentos que forman el himno del universo á Dios; para Mercedes comenzaron á tener un nuevo atractivo las flores, las brisas, los arroyos, las aves y las estrellas, y deletreaba absorta la palabra «amor» en medio de su admiración y su enagenamiento.

Y no se crea que esto era la obra

de Chucho el Ninfo, no; este *quidam* se quedaba á cien leguas de distancia del oasis moral en que vivía Mercedes; Chucho no había sido más que la llave de cobre de un santuario espléndido.

El amor, exclusivamente, era el agente regenerador; y Chucho á este respecto había sido solo el niño indiscreto que entreabre la puerta de un tesoro.

Mercedes al romper su crisálida moral había buscado luz y espacio; y como hasta entonces había sido una de esas mugeres para quienes la poesía de la naturaleza no pasa de una gerigonza, comprensible solo para los que escriben coplas ó cosas por ese estilo; Mercedes, decimos, buscó de pronto por instinto ese templo grandioso que Dios mismo se formó para que lo adoremos; y una mañana en que con planta débil se encaminaba á la vieja y sucia

iglesia de la Merced, impulsada por la fuerza de la costumbre, volvió la cara y vió en la altura algunas nubes blancas que avanzaban con voluptuosidad bajo un cielo azul purísimo; la vista de Mercedes siguió las nubes y se fijó en seguida en las montañas del poniente esmaltadas por el sol, y presentando esas variantes misteriosas á las que la distancia les presta un encanto que atrae.

Sintió Mercedes lo que todos sentimos al ver un panorama ó una planicie distantes: el deseo de trasportarse allí. ¡Cuántas veces hemos contemplado las sinuosidades de una cordillera, las ondulaciones de una montaña, ó las vaporosas oscuridades de una arboleda y hemos deseado tener alas para trasportarnos á aquel lugar, con la idea de encontrar en él no sabemos que placer que nos aguarda!

Mercedes sintió esto y detuvo su marcha, y pensó en seguida con horror en las tres largas naves de la iglesia de la Merced, en su negro artesonado y en el pavoroso silencio de los altares; é impulsada por una resolución enérgica dió la vuelta y dijo á la criada que conducía á su hija:

—Vámonos.

La criada hizo un gesto de extrañeza pero dió la vuelta; á pocos pasos pasaba cerca de Mercedes un coche de alquiler, cuyo cochero, como si hubiera adivinado á Mercedes, le ofreció el vehículo.

Mercedes contestó al cochero parándose, y éste á su vez arrimó el coche:

Tres cuartos de hora despues, Mercedes estaba en las lomas de Tacubaya, cerca del Molino del Rey.

Doña Rosario supo esto y juro en

medio de un arranque de fervor y de pena, que el coche aquel era la barca de Caron y el conductor el diablo mismo en persona disfrazado de cochero del sitio.





CAPÍTULO X.

Las orugas, las crisálidas y las mariposas: el diablo, la Naturaleza y el amor.

NADA hay más importante en la raza humana que la edad que corresponde exactamente al período de la oruga.

El niño no es más que la oruga del hombre: este es el período de la nutrición, del desarrollo y del trabajo para el porvenir.

La naturaleza tiene para las orugas los blandos renuevos, los jugos ácidos de las hojas y la miel de las flores.

La humanidad tiene tambien renue-

vos, jugos y miel, en una segunda naturaleza que se llama la instrucción pública.

A esta segunda naturaleza concurren las orugas humanas con una irregularidad funesta, con un descuido punible, y á veces con una falta tal de sentido común, que resulta consumada la más estupenda de las barbaridades por el más inteligente de los séres de la creación.

La oruga no deja nunca de extraer el jugo que le es propio para su nutrición y mantenimiento, y con una previsión y cuidado dignos de un hombre, elije el bien, evita el daño, prevé el peligro y se prepara, siempre á tiempo para la época de la abstinencia, del frío, de las privaciones y de la abnegación.

El hombre productor de orugas humanas, las mata para disminuir el censo de la población en China; las deja

vagar en las calles de las grandes ciudades, sin pan para su cuerpo y sin luz para sus almas; forja teogonías para enfermar la raza y obligarla á prorumpir en desatinos sublimes; inventa derechos de un origen oscuro, para imponerlos á su arbitrio, con la seguridad de un resultado claro.

El hombre, en fin, en virtud de la sublime prerogativa del pensamiento, se come á sus hijos y vive y se nutre embruteciéndolos, tiranizándolos y procurando que se maten unos á otros.

Todo esto en contraposición del lobo que lame y acaricia á sus cachorros.

He aquí bajo que auspicios llegamos á esta edad que se llama viril.

Tenemos que atravesar ese período de oruga humana, exponiendo cada día nuestras esperanzas y nuestro porvenir á las mil vicisitudes que rodean á la ni-

ñez, á los innumerables contratiempos de un obituario horripilante contra el cual nada puede toda la generación hipocrática.

Buscad, pues, el origen de todos vuestros males en el fondo de vuestro periodo de oruga, y lo encontrareis.

Busquémoslo en nuestros personajes, para ser consecuentes y para dar el ejemplo.

El héroe de esta historia, Chucho el Ninfo, se lo debía todo á su mamá y á su papá el señor D. Francisco el rico.

Era un animal ponzoñoso con alas. La ponzoña se la debía á su mamá, por la educación afeminada y viciosa que le diera; porque Elena tenía la dicha de haber cultivado por medio de su acaramelado cariño esa deformidad moral de Chucho; y las alas se las debia á la munificencia de su papá que se

vengaba del destino que le dió un hijo, con dorar ese gusano social para que no inspirara horror á las muchachas.

Mercedes y Angelita se casaron en estado de orugas.

Doña Rosario y D. Pedro María habían hecho lo mismo; y ante el análisis del naturalista, aparecía este matrimonio presentando el aborto de una confusión extraña entre la oruga, la crisálida y la mariposa.

Las tías cartaliginosas y magras de quienes hemos hablado, habían permanecido orugas, y ya tarde les habían salido las alas que les servirían para volar al cementerio.

Concha era otra oruga criada por doña Lola; oruga próxima á fabricar su crisálida.

Solo que hay orugas humanas que forman su crisálida en el muladar.

Pasemos á examinar ahora las crisálidas.

Doña Rosario y D. Pedro María, habían ayudado á Merced y á Angelita á fabricar su crisálida; cosa que en la historia natural no acontece, y tal vez en esto encontraremos que las crisálidas eran deformes.

La educación de antaño, de la que aun saboreamos los funestos resabios, era la crisálida moral de los educandos.

La oruga de los jardines previendo la época de las tempestades y del frío, época que se puede comparar con la de las pasiones, se fabrica su cárcel imponiéndose el duro sacrificio de la abstinencia y hasta de una especie de muerte; pero para resucitar convertida en mariposa á una vida mejor.

La educación del hombre tiene por objeto enseñar ese ejemplo, para lograr hombres trasformados después y dignos de una vida mejor.

La teomanía influyó muy directa-

mente en el mundo en la formación de las crisálidas, y esta sábia consejera hizo que las orugas se fabricaran crisálidas *sui generis* y que al cabo de algunos siglos han venido á resultar contrahechas.

Según íbamos diciendo, doña Rosasario y don Pedro encajonaron á sus dos hijas en la crisálida de la rutina, las enseñaron á no pensar, extravagancias elevadas á la categoria de culto y que ha dado pingües frutos.

Hay quienes se hayan encargado de pensar por los demás para evitarles esta molestia, que suele convertirse en herejía y en una porción de atrocidades; porque al principio se pensó que el mundo era para unos pocos, en cuyas manos estaba constantemente el cucharón.

Las pobres orugas cogidas desde chicas, se domesticaban en las manos

de los del cucharón y atravesaban esta vida, enclenques de cerebro, y tributarias perennes de esos bellos sujetos.

Se les confeccionó su *caminito* y su *más allá* y se les tuvo á raya, y así pasaron siglos.

Cuando una oruga resulta mala esposa ó mala madre, en virtud de su embrutecimiento, tenía una salida fácil: el infierno.

De manera que Mercedes y Angelita ya sabian á que atenerse en materia de Chucho el Ninfo; no amaban á sus maridos, ni se habían hecho amar de ellos tampoco.

—¿En qué consistirá esto? le pregunto Angelita á Mercedes, yo no quiero á mi marido.

—Ni yo tampoco.

—¿Para qué nos casariamos?

—Eso es lo mismo que yo digo.

—¿Y crees que se puede vivir sin amar?

—Es esa una vida muy triste.

—Y está una expuesta.......

—Ya se ve.

—Oye, dijo de repente Mercedes después de un rato de perplejidad, te voy á hacer una confidencia.

—Me das miedo.

—¿Peró cuento con tu discreción?

—Enteramente.

—Pues....... me enamora Chucho.

Angelita se puso colorada y tembló y se tragó esta frase: «A mí tambien.»

Aquella operación le pareció á Mercedes efecto de una sorpresa muy natural.

Pero no era eso: Angelita vió en Mercedes á su rival, y estaba sorbiendo ese veneno que corre con el nombre de *celos*.

Mercedes continuó:

—Chucho me visita todos los dias y me ha hecho hace tiempo su decla-

ración; está enamorado de mí perdidamente.

—¿Y tú lo crees?

—Tengo pruebas.

– ¿Cuáles?

—Sea esta por ejemplo: todas las muchachas se mueren por él, porque ya lo conocemos, es tan elegante y tan buen mozo y tan simpático.......

—Eso es lo que no tiene para mí.

—¿Qué no es simpático?

—Nó.

—Tú eres la única que lo dices. Pues como iba diciendo, todas las muchachas se mueren por él, y él á nadie le hace caso, á nadie quiere más que á mí, á pesar de que soy casada; y ya ves que no puedo menos de creer que su amor es verdadero, supuesto que siendo yo casada, me prefiere á muchas muchachas libres con quienes podría casarse.

—Esa es una prueba, pero........

—¿Pero qué?

—Que eso es malo.

—Pues ya se vé que lo es; pero yo no sé que hacer.

Mercedes en esto hacía lo que todas: no saber que hacer.

—¿Qué me aconsejas?

—Que lo despidas.

—No puedo, daría un escándalo; además, ya se lo he dicho y me ama tanto que no se va.

—No lo recibas.

—Por no querer recibirlo hoy, creerás que tuvo valor para entrar á mi cuarto de vestir?

—¿Hasta allí?

—Allí me había yo refugiado.

—¡Qué audaz!

—Es muy audaz, repitió Merced haciendo un gestito con el que procuró finjir que la audacia de Chucho la in-

dignaba, y agregó:— Por más que hago no puedo enojarme con él.

—Pues estás perdida: figúrate qué pecado mortal estás cometiendo.

—Eso me da miedo.

—Pues á mí tambien me visita Chucho; pero la verdad yo le tengo mucho miedo al diablo y procuro por la salvación de mi alma; de manera que no apruebo tu conducta, ni la de Chucho, y desde luego me eximo de tomar parte en tus asuntos, porque no quiero ser tu cómplice ni tu confidente. Yo soy tan desgraciada como tú, pero á Dios gracias, no tengo como tú un diablo tentador en mi casa, y aunque á mi vez creo que á Chucho no le parezco mal, Dios me libre de caer en semejante lazo.

—Compadéceme, hermana, y no me abandones.

—Mientras seas buena no te aban-

donaré; pero llevando los pasos que llevas, tendré, á mi pesar, que dejarte entregada á tu suerte.

Cuando Angelita se separó de Mercedes, después de una larga conferencia, sintió que en su interior se operaba una reacción extraña. Sintió un vivo deseo de agradarle á Chucho; y aquello que en su hermana afeaba con tanta rectitud lo deseaba ahora para sí; sentía su amor propio ofendido por la preferencia que Chucho daba á Mercedes.

Era mártes, y los mártes la visitaba Chucho por la tarde.

Angelita corrió á su tocador, se peinó de nuevo y se puso otro vestido.

—Quiero que Chucho me enamore abiertamente, que se declare, para probarle á Mercedes que sé despreciarlo, que soy una muger honesta, y que á pesar de tener un marido tan malo sé cumplir con mis deberes; este

será mi triunfo, porque al fin Mercedes no es mejor que yo. A mí me ha dicho Chucho que soy muy inteligente y muy....... ¿cómo me dijo?....... muy espiritual. Pues bien, eso quiere decir que hay algo adelantado, esperarémos y....... yo haré que Chucho caiga á mis piés........ Esto no es malo porque....... en fin....... así consigo que al enamorarse Chucho de mí, rompa con Mercedes, y una vez quitado de su lado yo sabré quitarme de él, porque al fin, no lo amo.......

Angelita se hizo una pregunta como en secreto, y continuó: Quiero decir, lo aprecio, le tengo cariño, pero no amor.

Angelita empezaba á no creerse á sí misma. Poco rato después entró Chucho.

—¡Qué linda está usted esta tarde, Angelita!

—¿Por qué?

—Ese vestido blanco le cae á usted tan bien, que verdaderamente nunca me había parecido usted tan hermosa.

—¿De veras?

—Créalo usted, hija mía.

—No me diga usted hija.

—¿Por qué?

—Porque no es usted tan viejo.

—Es una frase de cariño.

—Así les dice usted á todas.

—A todas mis amigas.

—¿Y á las que son más que amigas?

—También.

—Pues no quiero que me diga usted hija.

—Le diré á usted...... mi ángel.

—Eso es mucho para amiga.

—Precisamente por eso se lo digo, porque yo deseo....

—No vaya usted á decir una barbaridad.

—No diré más que lo que siento.

—¿Sí?

—Y lo que siento es un amor ardiente por usted.

—Eso no es cierto.

—Le daré á usted mil pruebas.

—Yo tengo una en contra de todas.

—¿Cuál?

—Que ama usted á mi hermana.

—Es usted una niña.

—Que tiene ojos.

—Y muy hermosos por más señas.

—No se trata de eso.

—Fué una digresión.

—Muy inoportuna, dijo Angelita sonriéndose.

Esta sonrisa fué un viento favorable.

Chucho se preparó para izar las velas.

—Si es ese el único inconveniente que usted tiene para amarme, ese inconveniente desaparecerá como por encanto, á la primera sonrisa de usted, Angelita.

—¿Nada más con la primera?

—Nada más.

—Pues es muy fácil, dijo Angelita, acuñando una sonrisa expresamente para aquel acto.

Chucho la recogió haciéndole todos los honores, tomó las manos de Angelita y las estrechó entre las suyas con pasión. Los dos habían triunfado.

Chucho se felicitaba de haber empleado tan poco trabajo en aquella conquista, y Angelita creía estar haciendo una obra meritoria con apartar á Mercedes de un mal paso.

En ese mismo día Chucho había recibido una nueva repulsa de Mercedes y se propuso aprovechar con Angelita

el tiempo que perdía con la hermana sequiva que se consagraba de nuevo á la reparación y al arrepentimiento.

Por lo visto ni Mercedes ni Angelita habían sabido cautivar el corazón de sus respectivos maridos, ni mucho menos habían sido bastante fuertes para triunfar de la difícil situación en que una mujer se coloca cuando siente vacío el corazón.

La dulce compañera del hombre no tiene más que dos maneras de ser: ó ser la compañera de un hombre, ó estar próxima á serlo; quiero decir, solo la novia y la esposa están bajo el amparo de la ley natural.

En todas las demás situaciones, inclusa la viudedad, la mujer es una hoja suelta, que vuela y se agita á merced de todas las vicisitudes, sin más apelación que ésta: la vejez.

En una palabra, la crisálida moral

de Mercedes y Angelita, era insuficiente é imperfecta; estaban próximas á ser mariposas y esta trasformación debía ser fecunda en peripecias curiosas y en resultados peligrosos.





CAPÍTULO XI.

Continuación de la importante materia tocada en el capítulo anterior.

Lo dicho: las contravenciones del órden basado en la moral de las costumbres, traen irremisiblemente sobre el infractor el condigno castigo.

Concha va á ser una de las pruebas de este aserto.

Antes de descender al fondo de la disipación, la muger resbala en su pendiente y lucha con los restos que le quedan de pudor.

Sea esto dicho en loor del sexo débil: el luchar lo disculpa, y cuando me-

nos, esto es un elocuente tributo al principio moral.

Gonzalez, como sabe ya el lector, era un buen muchacho; circunstancia apreciabilísima, pero por desgracia insuficiente tratándose del presupuesto económico de Concha.

Sin la insuficiencia monetaria de Gonzalez, Concha lo hubiera amado de veras; y no se crea que esto es paradójico. ¿Qué influencia puede tener el vil metal para convertir en verdadero el amor? se nos preguntará. Pues no hay cosa que suceda con más frecuencia que esta.

Concha entró al mundo filiándose entre las gentes acomodadas, merced á un golpe de fortuna, y concurrió al banquete de los placeres, sin más título que sus hermosos ojos, su talle esbelto y sus bonitos piés; he ahí su capital inmueble.

Concha cobró los réditos y se los pagaron.

Gonzalez, el último de los censatarios, solo entregó dividendos y redujo los pagos, como en tiempo de revolución, á terceras partes.

Nos habíamos propuesto no decirlo, siguiendo nuestro prurito de no hablar mal del prójimo, pero es necesario no callar en esta vez.

Concha tenía algunos pecadillos más.

Antes de conocer á Gonzalez, conoció á un señor natural de Veracruz, munífico por mas señas.

Concha lo consideró tan listo y llano pagador, que se moría de gusto y de cariño.

El de Veracruz tuvo que ausentarse á poco tiempo confiándole á Concha esa quisicosa que con tanta facilidad se traspapela en las ausencias: la fé de los amantes.

Concha vió alejarse al de Veracruz y derramó lágrimas por si fueren útiles y porque le pareció que no es bueno despedirse en seco; acarició las últimas onzas que le quedaban, como el más tierno recuerdo de su amante, y se volvió á quedar sin réditos.

Este es el grave inconveniente de ciertos capitales; los pícaros hombres solemos estar intratables en algunas ocasiones y no parece sino que ya somos insensibles á los atractivos del sexo hermoso.

Tal pensaba Concha, y más de una vez apostrofó á la raza de Adan, por sus incalificables esquiveces: hasta que encontró á Gonzalez que desempeñó su interinato lo mejor que pudo.

Pero he aquí que retornó el de Veracruz, preguntando por la susodicha fé, que era precisamente la que en aquellos momentos se encontraba tán mal

parada. A la pregunta de la fé, agregó el de Veracruz un progama de futuras esplendideces, y las matemáticas de Concha hilvanaron una operación aritmética que le dió un residuo que se llamaba «Gonzalez.»

Gonzalez acertó aquel día, en su visita cuotidiana á estar más expresivo que de costumbre.

Concha hubiera deseado tener un microscopio, para encontrar en Gonzalez algo que le diera motivo de enojo, pero Gonzalez se estaba portando admirablemente.

Concha se fingió celosa.

Gonzalez la satisfizo plenamente.

Dudó de su amor.

Gonzalez le dió pruebas.

Se fingió pobre.

Gonzalez la obsequió.

Se fingió triste.

Gonzalez la hizo reir.

Tanto hizo Concha para desprenderse de Gonzalez, pretextando motivos é inventando pretextos, que Gonzalez conoció que había moros en la costa.

Concha ejercía un dominio absoluto sobre sus glándulas lacrimales. Jamás esta arma femenil tuvo propietaria más pródiga.

Concha sabía dejar caer de sus ojos las lágrimas, como de sus lábios las palabras.

Un día dejó caer estas perlas sobre los hombros de Gonzalez.

—¿Qué tienes? le preguntó éste.

—Triste.

—¿Por qué?

—Por mi reputación.

—¿Quién la ataca? señálame al villano y me lo como vivo.

—Eso es lo que yo quiero saber, pero no lo conozco.

—¡Qué lástima!

—Pero me calumnian dicen que soy liviana, que te amo á tí y... á otros.

—Que atrocidad! ¿con qué á otros?

—Sí, á varios.

Gonzalez soltó una carcajada, y exclamó:

—No hagas caso de hablillas; en tu carácter de mujer sola, te verás calumniada constantemente; tu hermosura incita á inventarte amantes.

Al día siguiente, Gonzalez supo lo de el de Veracruz.

—Sigo triste, le dijo Concha.

—Con razón.

—Siguen las habladurías.

—Pobre de tí, ¡qué injusticias!

—Tengo un amigo.

—¿El de Veracruz?

—El mísmo.

—¿Y qué?

—Que han llegado á sus oídos las murmuraciones.

—Lo siento.

—Y eso me aflije horriblemente.

—¿Por qué?

—Porque tal vez lo crea.

—¿No te conoce?

—Sí.

—Pues no debe creerlo.

—¿Y tú......

—Yo no creo nada, yo sé muy bien que tú eres una santa.

—Pero yo no quisiera que mi amigo el de Veracruz supiera que me amas.

Concha, en el más difícil de los papeles de dama jóven, se entregaba en cada palabra; y después de una lucha heróica, en la que llegó á creer que había triunfado, quedándose con el de Veracruz en cambio de Gonzalez, recibió una misiva lacónica y elocuente firmada por sus dos amantes.

Gonzalez respiró libremente, y al volver al hogar doméstico, saborean-

do aún la susodicha compensación que pretendió hallar en Concha, se encontró á Chucho el Ninfo.

Chucho tenía el don de la imperturbalidad, aun delante de los maridos.

Gonzalez en la reacción de su conciencia creyó acertar manifestándose complaciente y obsequioso.

Angelita pensó lo mismo que Gonzalez.

Y Chucho pensó lo mismo que el matrimonio; de manera que los tres estaban á cual mas cariñosos.

—¿Por qué estás tan alegre? le preguntó Gonzalez á su mujer.

—Porque me ha dado gusto, dijo ésta, que vengas tan temprano.

—¡Qué cosa tan rara! pensó Gonzalez.

—Efectivamente, agregó Chucho, ya se hacía necesaria su presencia de usted aquí, señor Gonzalez; porque á

mí ya se me va agotando el caudal en la conversación, y nos pasamos algunos ratos en silencio; ¿no es verdad, Angelita?

—Cierto; así sucede muchas veces.

Aquellos tres personajes estaban haciéndose sospechosos entre sí á fuerza de amabilidad.

Angelita creía de mal agüero la dulzura de Gonzalez.

Gonzalez encontró á su mujer tan cambiada que creyó que le ocultaba algo.

Y á Chucho le parecía el rugido de la tempestad aquella armonía conyugal.

Gonzalez pensaba con horror en la pena del Talión, y Angelita encontraba muy de su gusto que Gonzalez tuviera celos; primero para que su marido no se quedara sin probar ese platillo, y luego porque como al fin

aquello no era más que un santo ardid para evitarle á su hermana Mercedes un desaguisado, Angelita estaba interiormente tranquila y con aire triunfante.

Chucho el Ninfo, entretanto, estaba satisfecho de su obra; le parecía haber llegado al colmo de lo que en lenguaje de pollo se traduce así: *pico largo*.

Para adquirir este honroso título había empleado todos los medios que le sugería su vanidad de calavera, y el ruido que había logrado hacer con sus amores era la aura popular que más le lisonjeaba.

Para Chucho el triunfo era completo desde el momento que sus amores eran públicos; el resultado práctico le importaba poco, lo que Chucho quería era el escándalo.

Tenía la certidumbre de la impunidad y aseguraba que ninguno de los

dos maridos le pediría cuentas de su honra. Para Chucho, el marido era en la sociedad el tipo ridículo más despreciable, y juraba á mil cruces que jamás se casaría.

Mercedes, por otra parte, llevaba ya mucho tiempo de luchar de una manera heróica consigo misma; pero las reacciones de este trabajo ímprobo de su conciencia y su corazón eran funestas. Amaba á Chucho á pesar de todo y cada vez con más ardor: mientras más pensaba arrancar de su corazón aquella imágen que la perseguía, más y más sus pensamientos no eran más que para aquel sér, despreciable para quien lo conociera, pero que para Mercedes era la encarnación de su más bello sueño.

Mercedes comenzó á recibir grandes desaires de sus mejores amigas y á echar de menos á su familia, que casi

se habían retirado completamente de su casa.

Un día recibió la visita de su tía, de la tía á quien le faltaba un ojo; pero quien con el que le quedaba desempeñaba el papel de Argos admirablemente.

Encontró á Mercedes llorando.

—No te pregunto por qué lloras, porque eso todo el mundo lo sabe.

—¡Todo el mundo! exclamó Mercedes sorprendida.

—Sí, todo el mundo; excepto tu marido porque eso es lo que sucede siempre; ya se ve, es el único de quien probablemente se cuidan tú y ese..... señorito, que ha venido á amargar la existencia de tu familia y á alejarte de la estimación de las gentes.

—¿Pero, qué es lo que me está usted diciendo?

—La verdad, sobrina mía, la ver-

dad, porque yo soy así; ya me conoces, tan fea como tan franca, y aunque de nada me escandalizo hay cosas que solo para vistas.

—¿Quiere decir que se habla de mí?

—Y con razón. Lo extraño es que tú no acabes de comprender el papel que estás haciendo.

—Pero nadie tiene razón para despreciarme.

—¿Nadie?

—No, nadie, respondió Mercedes con enerjía; porque, efectivamente Mercedes no había faltado á sus deberes sino en lo apariencia; pero el público había pronunciado su fallo, y los fallos del público son inapelables.

—De nada te sirve ya esa indignación que manifiestas porque nadie te creerá; el mal está ya hecho, la sociedad te ha juzgado ya; y aunque supongamos, porque yo tambien quiero su-

ponerlo, que eres pura, las gentes hablan y aseguran todo lo contrario.—Ya se ve el señorito no se para en pintas, y no solo, sino que hace alarde de sus vicios; te digo que debe quererte mucho el hombre que primero te roba la honra y la tranquilidad para que una vez perdida nada te quede que sacrificarle.

—Pues jure usted tía, jure usted como yo, que una y mil veces he rechazado este amor; jure usted que no he faltado á mis deberes; jure usted que seguiré luchando hasta conmigo misma para no tener jamás de que avergonzarme. Atienda usted á que lucho sola porque todos me han abandonado, y porque en medio de mi tribulación y mi aislamiento no tengo ni un consuelo, ni una esperanza por parte de los míos: en todos leo las señales de la desaprobación, y veo que huyen de mí

como de una apestada; y sin embargo, que lo diga él mismo, lo desafío á que me sostenga que soy su amante, y si tal dice miente; pero no....... no lo dice, ni puede decirlo nunca. Dígale usted á la sociedad, dígale usted á mis padres que no me condenen, que todavía soy pura, que todavía soy digna de su estimación. Y ya lo ve usted, hasta mi marido me abandona; si él hubiera estado de mi lado, yo no me hubiera separado de su vista; yo le hubiera hecho protestas de amor delante del hombre que me roba el honor y me arrebata para siempre la tranquilidad solo porque soy impotente contra sus persecuciones. Rehabilíteme usted, señora; rehabilíteme usted y no me abandone como todos, porque me faltarán las fuerzas para luchar por más tiempo. Que más puedo hacer que imponerme el más penoso de los sacrificios?

porque sépalo usted todo de una vez para que me condene ó me absuelva, y entoces me ampare: sépalo usted, señora, mi corazón está virgen de amor, soy casada, pero jamás he amado á mi marido, ni tampoco he sido nunca amada por él, y mi primer amor, el único sér que ha sido capaz de inspirarme una pasión que me mata, es Chucho. Yo no se si lo que él hace es efecto de su amor; tal vez es imprudente pero es tan jóven que no mide el tamaño de sus indiscreciones. Hasta hoy no le he confesado mi amor; el insiste y arrostra por todo, y yo sé muy bien que la única manera de conseguir su discreción y su prudencia, es ceder á sus deseos: si yo le hubiera correspondido, nadie sabría nada, obraríamos de acuerdo, y sería yo criminal, es cierto, pero conservaría el aprecio de las gentes; pero mi repulsa, mis negativas,

mi obstinación en no faltar á mi fe de esposa, obliga á Chucho ya que no le doy mi amor á robarse mi honra, ¿y á que precio puedo rescatarla si aun es tiempo? ¡Ah! yo he preferido mi conciencia á mi honra: si hubiera sacrificado mi pureza me hubiera salvado; mientras que hoy, el cumplimiento de mis deberes me ha perdido ¿Qué debo hacer para rehabilitarme? ilumíneme usted, y en lugar de reprocharme; como todos, mi conducta, compadézcame usted, señora, se lo ruego. Tal vez mi padre me desprecia, y mis amigas se avergüenzan de venir á verme, todo porque he luchado. Digales usted, señora; dígales usted, por Dios, que aun soy pura, que me salven, que me salven!...

La tuerta tía, en cambio del ojo que hacia tiempo le había cerrado la suerte, abría desmesuradamente el otro

y estaba en aquellos momentos petrificada sobre la silla como de modelo fotográfico.

Hubo una larga pausa, durante la cual, Mercedes virtió abundantes lágrimas; y la tía no sabiendo que partido tomar en una situación tan difícil, se propuso ponerlo todo en conocimiento de doña Rosario, su hermana, para que con los consejos de algún sacerdote se tomara el partido y la resolución más conveniente.

—Vengo muriéndome, la dijo á doña Rosario, entrando en la casa.

—¿Por qué?

—Vengo de ver á Mercedes, tu hija, que me ha partido el corazón.

—¿Pues qué pasa de nuevo?

—De nuevo nada.

—¿Pues entónces?

—Figúrate que si no todo, parte de lo que nos han contado y de los rumores que circulan es falso.

—¿Como es eso?

—Que... dice que... pues dice que no le ha correspondido á Chucho.

—¿Y tú lo has creido?

—Yo sí; y si tú no lo crees, es porque no la has oido, porque no has visto como yo sus lágrimas, porque no te ha dicho las cosas que á mí, que me han partido el alma.

Y el ojo de la tia destiló una gruesa lágrima que valía por dos.

—¿Pues que será bueno hacer? preguntó doña Rosario toda temblorosa y conmovida.

—Yo creo que será bueno consultar el negocio con el padre Martinez que ya la ha confesado; y aunque el padre Martinez nos ha echado tierra, yo creo que si le ocupamos en este asunto que tanto nos afecta, se apresurará á venir y nos servirá como siempre.

—Tienes razón. Pues que vayan á llamar al padre Martinez.

—Mejor iré yo en un coche y lo traigo.

—Me parece bien, corre.

—Hasta luego.

Y la tía desapareció.

Doña Rosario aprovechándose de la ausencia de D. Pedro María, encendió todas las velas de cera que había en la casa, y anunció á las criadas que aquella misma noche se iba á *andar* la novena de la Purísima.

Poco tardó la tuerta en volver con el padre Martinez.

—Nada de sentimientos, padre Martinez, que en las tribulaciones no hay para que acordarse de lo pasado; ahora se trata de la pobrecita de mi hija, que pide á gritos que la salven.

—¿De qué mi señora? ¿Pues que le ha sucedido? ¿De qué está enferma?

—No, no está enferma.

—¿Pues qué tiene?

—Tiene al diablo, padre Martinez, al diablo en persona, que ya sabe usted como se ha empeñado el enemigo malo en hacerme desgraciada á mi hija de mi corazón, que es una compasión verla como llora. Aquí nos contaron, pero ya conoce usted á las gentes, padre Martinez, como abultan, y de una esquina á otra ni quien conozca las noticias...

—Pero en fin ¿qué se dice?

—Nos contaron... en fin que mi hija se había perdido.

—¡Ave María Purísima!

—Quiero decir, que tenía un amante.

—Y no es cierto, por supuesto.

—Vea usted el amante existe pero mi hija no lo quiere.

—Pues entonces estamos bien.

—No, padre Martinez, estamos mal,

porque aunque mi hija no lo quiere, las gentes lo creen así y en el público se dicen unas cosas para taparse los oidos.

—Y bien, ¿qué es lo que usted piensa?

—Eso es lo que queremos que usted haga, pensar en lo que será conveniente.

—Pero está usted segura de que Merceditas?...

—Ahí está mi hermana que le impondrá á usted, ella está al tanto de todo lo que pasa.

—Hable usted, mi señora, le dijo el padre Martinez á la tuerta.

Esta le hizo una relación circunstanciada de los acontecimientos y de la disposición moral de Mercedes.

—Me ocurre una idea luminosa, dijo el padre Martinez.

—¿Cuál?

—A ver? dijo la tuerta.

—Traigo en la bolsa una boleta de ejercicios para una hija mía de confesión que debe entrar mañana, no le he puesto todavía el nombre á la boleta y...

—¡Magnífico! exclamó doña Rosario.

—Efectivamente es una idea luminosa, dijo la tuerta.

—¿Con qué mañana?

—Mañana.

—¿Pero Mercedes se prestará? dijo la tía.

—Según dicen, la pobre de mi hija está dispuesta á todo.

—Sí.

—Pues entonces...

—Yo me encargo de preguntarle, voy en el coche á consultar su voluntad y vuelvo.

Veamos entre tanto lo que pasaba con Angelita.

CAPÍTULO XII.

De la manera con que Chucho el Ninfo se cubre de Gloria.

Hubo un veranito en la casa de Gonzalez, pero este verano era el precusor de la tempestad.

Gonzalez, arrepentido interiormente de su infidelidad y encontrando en la afabilidad de Angelita un tierno llamamiento al órden, se propuso buscar la paz y el bienestar en la única fuente posible para un casado: en el hogar doméstico.

Inauguraron la paz con un almuerzo al que concurrieron la familia de An-

gelita, el padre Martinez, Perez, Chucho el Ninfo, y Elena, quien cuidó de no hacer concurrir á los niños Aguados.

Pocos días antes Chucho el Ninfo rodeado de su cohorte de pollos callejeros, había recibido en su ánimo un nuevo impulso que le obligó á tomar medidas extremas.

—Sentimos que estés de malas, le decía un pollo.

—¿Por qué?

—Porque se te acortan los recursos en tu ramo de mugeres casadas.

—No, no tanto, dijo Chucho viendo venir el chubasco.

—¡Cómo no! Tú encantadora Mercedes está en ejercicios, que yo la ví, se está purificando una vez por todas y esta conquista se aguó.

—Y en cuanto á Angelita, agregó otro pollo, se va á celebrar con un al-

muerzo, su reconciliación con el marido. ¿Estás convidado?

—Por supuesto.

—¿Y vas?

—Primero falta el vino que yo.

—¿A presenciar tu derrota?

—No, á triunfar.

—¿A triunfar? que presuntuoso, estás vencido, chico, estás vencido.

—No lo crean ustedes. Ya se ve, en materias de amor, sois muy niños.

—Véngate de nosotros como gustes, pero estás derrotado.

—Ya veremos.

Chucho se separó de sus amigos, extraordinariamente contrariado, porque le habían dicho la verdad, y se puso á hilvanar un proyecto estupendo que la casualidad vino á hacer más negro todavía.

Chucho recurría al arbitrio de aturdirse, segun él decía, cuando le suce-

día algo, y tuvo una cena de cuya descripción nos libran ciertas consideraciones.

Chucho habló con Concha.

Esta enteró á Chucho de sus amores con Gonzalez. Chucho guardó aquellos datos, como si se hubiera echado en el bolsillo un frasco de ácido prúsico, y en seguida se manifestó espléndido con Concha, quien á su vez encontró en esto á Chucho muy de su gusto.

Llegó el día del almuerzo, reinó en él la mayor cordialidad: y las tías de Angelita, las cartilaginosas tías se sentaron juntas, para darse de codo; pues como todo lo sabían, se estaban gozando en que aquella reconciliación fuese para alejar á Chucho el Ninfo, á quien según las viejas no le quedaba más recurso que dirijir sus tiros á otra parte.

—Parece que nuestro santo, el se-

ñor san Judas Tadeo de mi alma, se ha portado como quien es.

—Sí, yo me muero por él. ¡Qué capaz que se le fuera ésta ¡vaya! en más graves casos, nunca se ha quedado sin hacer el milagro!

—Le mandaré decir una misa, que bien lo ha ganado.

—Aquí es donde yo quiero ver á los impíos; se quedarían con la boca abierta.

—¡Milagro más patente!...

—Porque, de fijo, Chucho toca retirada.

—La conciencia, hermana, la conciencia.

Doña Rosario hacía señas á sus hermanas, y estaban las tres ancianas que no cabían en sí de gusto.

En la noche de ese mismo día, la sala de la casa de Gonzalez presentaba un cuadro opuesto al de la mañana.

Angelita lloraba reclinada en un sofá y Gonzalez se paseaba furioso.

—Bien decía yo, exclamaba Angelita; quien había de ser, sino una muger perdida, la que me roba tu amor? ¿quién sino esa Concha, la ojona, la ordinaria, la que te quita de mi lado? ¡hipócrita! pero eso sí; esta será la última; esto no tiene remedio. Mañana estaré yo en mi casa y todo el mundo sabrá que clase de sugeto es usted. ¡Ay Dios mío, que desgraciada soy!

Gonzalez á quien se le había caido el gozo en el pozo, recurrió primero á la energía y á las amenazas, é hizo admirablemente el papel de hombre resuelto y de carácter enérgico.

La luz de la aurora sorprendió al matrimonio en plena guerra; y en las primeras horas de la mañana llegó el refuerzo de la casa de Angelita. La tuerta traía el estandarte del escándalo.

—Déjame á mí, le decía á doña Rosario, ya sabes que soy mujer de recursos; y desde luego me ocurre que supuesto que Dios nos ha inspirado la idea de poner á Mercedes en la casa de ejercicios, y supuesto tambien que aun no se acaba la novena de san Judas Tadeo, es claro, clarísimo, que el camino qne debemos seguir es el mismo; y de esta manera habremos puesto fin á tanto escándalo y nos descartaremos para siempre del... jovencito, del D. Jesús condenado.

—¿Pero crees tú que Gonzalez pase por entrar á ejercicios?

—¿Por qué no? ya lo verás:

—Pues anda; y que Dios te ilumine.

Debemos decir en obsequio de la sagacidad de la tuerta, que cumplió su misión admirablemente: Angelita ofreció aceptar á su marido, con la

condición de recibirlo purificado y santo después de los ejercicios.

Gonzalez se resignó por su parte, y algunos días después, Angelita hacía los preparativos para enviar al pecador de su marido á hacer penitencia por nueve días.

—¡Aleluya! gritó la tuerta, el primer día de los nueve en que Angelita iba á estar sola. Van dos milagros que nos hace en uno mi querido señor San Judas Tadeo, á quien veo como á las niñas de mis ojos. En primer lugar, nos ha quitado á ese D. Jesús, el elegante, de la casa de Mercedes; porque yo supongo que despues de los ejercicios y con el mal modo que todos le hemos puesto, no aportará más por la casa; y todo esto, según lo tiene de costumbre mi santo de mi alma, antes de que se acabara la novena; y el segundo milagro es, haber quitado á

Gonzalez del lado de esa...... ¡Ave María Purísima!........ ya iba á decir la palabra; de esa...... infeliz! porque no son otra cosa esas mujeres, que hasta animales me parecen.

—Efectivamente, dijo doña Rosario, muy convencida del poder de San Judas; y aun hay más que agradecer á su Divina Magestad, y es, que de nada de esto se haya apercibido el pobre de mi marido, que moriría seguramente de un derrame de bílis si llegaran á sus noticias las atrocidades que han pasado en estos días, y que á la verdad, no sé como he tenido serenidad para aparentar delante de mi marido tanta calma.

—En cuanto al seductor ya nada tenemos que temer, dijo la tuerta, porque aun cuando siga visitando á Angelita, ahí me las den todas; esa no es Merced, porque esa sí es una mucha-

cha arreglada, que no ha dejado de confesarse y de hacer sus comuniones.

—Eso sí, exclamó doña Rosario, me cabe la satisfacción de que mi hija Angelita ha seguido siendo buena cristiana, y tengo una confianza en su juicio y en su honradez, que muy pronto, ya lo verás, va á poner al Chucho en la puerta de su casa.

—Yo entiendo, dijo la tuerta, que con todo lo que ha pasado, bastante debe comprender que está de sobra el angelito, y tomará su portante.

Esta previsión de la tuerta, era la que menos había de realizarse, pues Chucho, animado por la misma Angelita, veia abierta una brecha á sus ataques.

Efectivamente, Chucho se consagró á Angelita, con toda la insistencia y tenacidad que le conocemos.

Angelita, fiel á su propósito de librar

á Mercedes de aquel amante tan peligroso, y creyéndose cada vez más segura en las resoluciones que llevaría á cabo después, dijo á Chucho:

—Pues bien, pongo una condición.

—¿Cuál?

—Que jamás vuelva usted á ver á Mercedes.

—¿Y á ese precio me amará usted?

—Si, dijo Angelita, jugando con la verdad y sin temblar.

Chucho oyó aquel *sí* conmoviéndose profundamente, contra su costumbre; porque como la vanidad era el móvil de su amor, ésta estaba plenamente satisfecha.

Chucho cayó á los pies de Angelita, y se dejó llevar del torrente de sus ideas amorosas; se le hubiera desconocido, porque estaba elocuente; y lo que es más, ardiente y poético: tal vez sentía Chucho por la primera vez un

arrebato semejante, y las más dulces imágenes, las más risueñas perspectivas descorría, con desusada locuacidad, á la vista de Angelita. El amor pintado por Chucho en aquellos momentos, tenía tan extraño prestigio, ejercía una influencia tan nueva en el ánimo de Angelita, que ésta lo escuchaba absorta.

Al principio, solo su vanidad respondió á las primeras palabras de Chucho; pero á medida que éste hablaba y su acento iba tomando el carácter ingénuo y la marca de verdadera pasión, Angelita comenzó á sentir algo enteramente nuevo en todo su sér, que la ponía á merced de aquella fascinación desconocida.

Le sucedió una cosa muy rara: se olvidó de Gonzalez, de su familia, de todo el mundo; y como en un sueño se concentró toda en aquel amor que bro-

taba, inundándolo todo con sus rayos deslumbradores.

Era aquella una de esas horas fatales en que todo calla á nuestro rededor, en que no surge ni el más ligero obstáculo, ni la más trivial interrupción; ni una tos, ni un sonido, ni un reloj que dé horas, ni una puerta que rechine, nada, en fin, que turbe ese silencio soporoso, pero lleno para los actores de aquella escena, de esos rumores extraños, de esos ruidos que todo lo absorben, porque son la sangre que afluye al corazón haciéndolo palpitar violentamente.

No parecía sino que en aquella sala modesta, pero agradablemente tapizada, iluminada por una sola luz opaca y medio velada por un ramo de flores; no parecía, decimos, sino que en las largas sombras que proyectaban los muebles y que se extendían por las pa-

redes, estaba ese diablo de las conquistas que suele deleitarse con las escenas de amores terribles; ese diablo familiar de los salones que destapa los pomos de la esencia de rosa, que hace crujir la seda, que alumbra con la luz azul de sus pupilas un seno blanco que ondula como una góndola mecida por la brisa sobre un lago; ese diablo cortesano que alza, sin que nadie lo vea, la orla de un vestido y hace exhibir un pie calzado con blanquísima seda; diablo que sabe por que medios se humedecen los ojos y se les hace brillar como las estrellas, que sabe dejar caer un rizo de sedoso cabello sobre una frente que se estremece; diablo que envía el aliento de una boca á los lábios de otra entreabierta por la más dulce de las agonías.......

Ese diablo estaba allí...

El recogió en la palma de su mano

amarilla unas cuantas lágrimas de Angelita, y contrajo su angulosa fisonomía con una sonrisa dedicada á Chucho el Ninfo, cuando éste pensó á sus solas que aquella noche se había cubierto de gloria.





CAPÍTULO XIII.

En el cual, por fortuna del lector, llegamos á la catástrofe clásica, con la que termina la presente historia.

No tenemos afición á lo horripilante.

Bajo el cielo azul de México, sin brumas que amamanten *spleen*, nuestra molicie tropical nos hace epicureos, y aun solemos concurrir al drama serio tomando el asiento del polichinela; pero no tenemos la culpa de que los acontecimientos se precipiten y se compliquen, trayendo naturalmente el fin de esta historia auténtica.

Mientras Angelita recibía la visita

del diablo, del que tan satisfecho había quedado Chucho el Ninfo, en la casa de Mercedes todos los preparativos anunciaban que el diablo haria muy bien en no aportar por allí.

Perez, el diligente Perez, está siendo como de costumbre, el indispensable en la presente fiesta.

La pobre Elena contribuía tambien por su parte á aquel santo regocijo.

Las magras tías y doña Rosario, eran otras tantas operarias infatigables ocupadas en la realización del programa.

—Vamos á cuentas, decía la tuerta locuaz: Rosario y su marido dos, nosotras dos, cuatro, Elena y Perez, seis: se necesitan dos coches.

—¿Pero quién recibe aquí á Mercedes? objetó doña Rosario.

—Eso es! pues que esperen aquí Elena y Perez, quienes recibirán á las visitas y echarán los cohetes.

—Bueno! el caso es que acabemos.

El ruido de las escobetas obligaba á todos á hablar en voz alta, y toda la casa de Mercedes estaba en pleno desórden. Las tías hacían arcos de mascadas; doña Rosario dirijía la cocina, donde se preparaba el tradicional, solemne y suculento mole de guajolote. Perez como siempre, clavaba cortinas, ponía bandillas; y disponía ramos y guirnaldas de flores.

Pablito no aparecía en escena, porque estaba muy ocupado en aquellos días en consumir muchas tazas de café, á fin de que le salieran muy buenos unos versos que iba á decirle á su hermana el día de la fiesta.

Todo era alegría y animación; todos estaban alli libres de Chucho el Ninfo.

Elena estaba triste y retraida; y cada uno de aquellos preparativos le recordaba que su hijo había sido la cau-

sa de un trastorno de familia que, á Dios gracias, no había tomado mayores proporciones, pues á tiempo se había recurrido á san Judas Tadeo y á los ejercicios espirituales, que según expresiones de la señora doña Rosario eran el *sánalo todo*.

Pablito, que era escritor, le había enmendado la frase á su mamá.

—Diga usted *panacea universal*, eso es más pulcro.

Doña Rosario atendía poco á razones de este género, por pensar en que los matrimonios de sus dos hijas iban desde aquel día, á caminar con viento favorable hácia la paz y la tranquilidad domésticas.

—En el matrimonio de Mercedes, ésta, que estaba á punto de resbalar, decía doña Rosario, ya está en paz y en gracia de Dios, y no se volverá á meter en otra; además, el señorito de

marras ya está advertido por Perez de que este es negocio concluido. En cuanto á Angelita ya el pobre de Gonzalez su marido, está tambien purificándose, pues aquel matrimonio se resentía por la parte masculina; de manera que los dos tentados del enemigo malo están á buen recaudo, y quedando gracias á Dios, tan limpios como una patena.

Llegó, por fin, el día de la fiesta.

Merced había palidecido horriblemente en los nueve días de expiación, y su voz había perdido el timbre sonoro y argentino que le era habitual; parecía que una mano inexorable había corregido los perfiles de aquella cara tierna y simpática para darle una expresión de dolor y de concentración que no se podía contemplar con indiferencia.

Mercedes era otra. Solo su presencia ahogaba la expansión de los concu-

rrentes á la fiesta. En el almuerzo reinó cierto silencio embarazoso é inexplicable; había momentos en que solo se oía el ruido de los cubiertos.

Las miradas de Mercedes eran tan tristes que inspiraban respeto.

—¿Qué te ha sucedido en las cejas, muchacha? le preguntó D. Pedro María poniéndose los anteojos para verla mejor.

—Efectivamente, agregó doña Rosario, yo la veía algo raro á mi hija y no sabía que era ello; pero ya caigo, efectivamente tienes cambiadas las cejas.

—Estarán despeinadas, dijo la tuerta

Mercedes se pasó la mano por las cejas.

—No, no es eso; es que las tienes menos arqueadas, dijo doña Rosario.

—Es la luz, dijo Perez.

Y no era ni la luz ni el peine el mo-

tivo de aquel cambio; era que Mercedes estaba bajo la impresión de una de esas emociones profundas, que despedazando lentamente el corazón, rebosan en las líneas de la fisonomía contrayéndolas para armonizar la expresión con el sentimiento. Mercedes sufría horriblemente, y un pensamiento fijo y calenturiento imprimía en sus miradas esa vaguedad atónica del ser devorado por un pesar intenso; efectivamente, en esta expresión encuentra el pintor en el *viaje* de las cejas un gran recurso, y la naturaleza que se sobrepone á los artistas ya se había encargado de modificar las cejas de Mercedes.

—Ya le había yo notado tambien algo en la boca á Mercedes, dijo Elena, rompiendo un largo rato de silencio.

La boca de Mercedes entreabierta

se contraia de esa manera peculiar del dolor; y efectivamente había cambiado.

No obstante, Mercedes hablaba con todos, se sonreía y aparecía obsequiosa, amable y atenta; pero su gesto tenía algo de fatídico, que se trasmitía magnéticamente á todos.

En estos momentos fue cuando Pablito desdobló su cartapacio y leyó sus versos.

No queremos trasladarlos aquí, por no abusar de la paciencia del lector, y porque las faltas literarias de aquellos versos no son precisamante el punto sobre que debemos llamar la atención.

Los versos, malos como eran, vinieron á determinar la reacción de los espíritus hasta entonces vacilantes é indecisos. Todos lloraron.

Merced le pidió en vano una lágrima á sus ojos ardientes... ya no tenía lágrimas...

—Estas son pesadeces de Pablito, dijo la tuerta después de un largo rato de sollozos, haciendo brillar su ojo inflamado y vidrioso; ¡hacernos llorar á todos! pero Dios te conserve tu talento, mi alma, y tu buen corazón y todas tus virtudes.

—Gracias, tia, dijo aun conmovido Pablito.

—De modo y manera, dijo D. Pedro María, que el mole se aguó con lágrimas. Vamos, vamos, ya pasó señores, ya pasó, y lo único que debemos hacer es dar gracias á su Divina Magestad por sus inmensos beneficios.

—¿Dar gracias? gritó doña Rosario, ¿gracias? pues á la Villa todos, allí se las daremos á nuestra Mardre Santísima de Guadalupe.

—Muy bueno, muy bueno, así me gusta, dijo D. Pedro María, nada de lágrimas. El domingo á la Villa, vamos

á la iglesia y á almorzar enseguida al cerrito.

—¡Ay, el chito con salsa borracha, que me muero por él! dijo doña Rosario y el domingo sale Gonzalez de ejercicios.

—Ese día sale; dijo la tuerta.

—Bueno, pues juntamos las fiestas y por ahora á beber á la salud de los ejercitantes.

—Afortunadamente, dijo muy bajo doña Rosario á su hermana, Cárlos ha estado ausente.

—Otro milagro de san Judas indefectiblemente, porque si hubiera estado aquí, contestó la tuerta, nada hubiéramos podido hacer.

El día se pasó tranquilo en aquella casa, en la que repetidas veces echaron de menos á Angelita á quien todos suponían enferma; de manera que doña Rosario más cuidadosa en el caso

que las demás, se escurrió con objeto de visitar á Angelita un rato y volver en seguida.

La tuerta que para verlo todo, le sobraba con su ojo colorado, siguió á doña Rosario.

Conduciremos al lector á la casa de Angelita, para que se entere tambien del estado de su salud.

Angelita después que la hubo visitado el diablo, acabó de romper su crisálida y apareció á sus propios ojos como una mariposa verdaderamente acabada de transformar. Para Angelita el mundo era nuevo y lo que al principio fué obra de una fascinación incomprensible, para ella comenzó á ser la más abierta aceptación de su derrumbamiento.

A Chucho el Ninfo le habían bastado los pocos días de ausencia de Gonzalez para dar todo el escándalo posi-

ble, para contar sus amores á Pío Blanco y á Pío Prieto, y para publicar por cuantos medios le fueron dables, su fortuna.

Doña Rosario, con la idea de darle una agradable sorpresa á su hija, prohibió á los criados que la anunciaran.

Un momento después había cuatro figuras inmóviles formando un cuadro.

Angelita estaba vuelta de espaldas, ocultando el rostro entre sus manos.

Doña Rosario estaba horriblemente pálida, sin poder articular una palabra.

La tuerta era de piedra, excepto su ojo que parecía una linterna.

Y de pié, con la mirada altiva y la sonrisa en los lábios, estaba frente á frente de D.ª Rosario Chucho el Ninfo....

Hubo un rato de horroroso silencio y de inmovilidad.

Un temblor nervioso comenzó á agi-



Hubo un momento de horroroso silencio....

tar á D.ª Rosario, y su hermana la socorrió para que no cayera en tierra.

—¡Malvado! gritó la tuerta viendo desfallecer á D.ª Rosario, ¡socorro! ¡socorro! y en seguida se desató en denuestos contra Chucho, que permanecía impasible. Acudieron los criados; y la tuerta, ciega de cólera y sin reparar en el escándalo, dijo lo bastante para que los criados se enterasen de lo que allí acababa de pasar.

Costó mucho trabajo que doña Rosario volviera en sí de su desmayo, y eso cuando ya estaban allí un médico y un sacerdote, que los criados habían llamado á los gritos de la tuerta que exclamaba:

—¡Se muere mi hermana! ¡y se va á morir sin confesión! ¡pronto, pronto! un padre......

Angelita comenzaba á perder el juicio: no se daba cuenta de lo que hacía.

En cuanto á Chucho, se había salido, casi sin ser notado.

La noticia se trasmitió como por telégrafo, á la casa de Mercedes; y media hora después, entraban D. Pedro María, Pablito, Elena, Perez y la tía sorda, que preguntaba á gritos que había sucedido.

—Que se ha enfermado doña Rosario.

—Será el cólera.

—Puede ser, le contestaron y á pocos momentos, la casa de Angelita fué un campo de Agramante.

D. Pedro María también se había accidentado: y Angelita era presa de convulsiones nerviosas, se desgarraba los vestidos y luchaba con las fuerzas de un loco, en los brazos de Perez, de Elena y de todos los criados de la casa, en donde todo era confusión, gritos, ayes, sollozos y desórden.

Cuando Gonzalez salió de la casa de ejercicios, no almorzó mole de guajolote, pero se desayunó del estado lastimoso en que se encontraban su casa, su mujer y sus asuntos; y de contrito penitente, se convirtió en insoportable energúmeno, y no hubo poder ni razón suficiente que lo hiciera desistir de la idea de matar á Chucho el Ninfo.

Buscólo por todas partes, y al fin acertó á dar con dos amigos suyos que se encargaron de que el presunto asesinato, fuese con los requisitos que las leyes del honor prescribe en tales casos.

Chucho el Ninfo fué sorprendido en su tocador, y no con un pomo de pomada de rosa, sino por la visita de los padrinos de Gonzalez.

Chucho se demudó, y pudo medir en su interior el grado de valor personal que el cielo le había puesto dentro de

aquel cuerpo perfumado y elegante; pero como la fisonomía de Chucho, en fuerza del estudio que éste había hecho de sus contracciones, no se prestaba á las transiciones rápidas, por temor de aparecer feo alguna vez, el Ninfo oyó á los padrinos con la serenidad de un *gentleman.*

Le faltaba á Chucho este toque característico de la raza ninfea, y holgóse en su interior de la ocasión que le proporcionaba desmentir su fama de afeminado.

Chucho quería alcanzar en el duelo lo que en los amores, la publicidad; de manera que no se apresuró á concluir, sino que retardó lo más posible sus contestaciones, para dar lugar á que aquel acontecimiento llegara á oidos de todos.

—Desde luego, dijo Chucho á los padrinos, no rehuso los lances á que

se me provoca; pero esto de batirse con maridos es ventajoso; yo nada pierdo...... pero el Sr. Gonzalez......, en fin, cada uno es dueño de su nombre, y si por este medio logra quedar satisfecho, estoy dispuesto á darle gusto. Por otra parte, yo tiro bien, y creo llevar esa otra ventaja; pero no obstante, si se me reta, sobre mí no caerá la responsabilidad, ni la nota de cobarde. Ruego á ustedes por lo tanto, que me permitan diferir mi contestación definitiva á un término prudente.

Los padrinos quedaron complacidos de la manera con que Chucho los recibió, pues llegó su amabilidad al grado de enseñarles sus armas y algunas pinturas obscenas, que entretuvieron á los padrinos de Gonzalez en la casa de Chucho, más de lo que ellos hubieran querido.

Chucho estaba pasando algunos días

por una disposición de ánimo, curiosa de estudiar.

Chucho se sentía á sí mismo horriblemente cobarde: considerarse atravesado por una bala y agonizante, era una pesadilla que lo hacía extremecer á sus solas; pero este sobresalto se convertía en deleite desde el momento en que Chucho era el centro de un corrillo curioso y preguntón. Entonces Chucho se daba el aire de un gran señor, de un gran duelista, de un gran Tenorio, y se olvidaba del miedo; llevaba á sus amigos al tiro de pistola y les daba de almorzar después de haber partido algunas balas enviadas al filo de un cuchillo.

—¡Pobre Gonzalez con la puntería de usted! le decía Pío Prieto, abriendo su inmensa boca.

—Por todo México no se hablaba más que del duelo de Chucho y Gon-

zalez; tema de que se hacían cien ediciones y paráfrasis, dando unos por hecho que Gonzalez había muerto, otros que Angelita se había suicidado, otros que Chucho estaba mal herido, y corrían mil y mil versiones, en fin, á cuales más contradictorias.

A la sazón llegaba por la diligencia el coronel Aguado; venía de la Tierracaliente, consumido por calenturas intermitentes.

Venía pensando en sus hijos y fué á parar á la casa de Elena.

Aguado, amarillo y tembloroso, se paró frente á la cama en que estaba Elena, presa á su vez de una fiebre, que según ella, había atrapado en casa de Mercedes, y declarada en virtud de la complicada situación de su hijo Chucho.

Aquellos dos enfermos juntaron sus manos ardientes y secas, y se vieron como dos tristes viajeros.

La verdad estaba ante ellos dos, inmóvil como sus dos hijos, y su imaginación calenturienta recorría el pasado con la precipitación con que se hojean ciertos libros á la cabecera de los moribundos; aunque la muerte todavía no levantaba sobre ellos su guadaña; pero una campana, la campana de los muertos, sonaba en esos momentos más en el corazón que en los oidos de aquellos enfermos.

La muerte, la muerte inexorable había venido después del diablo risueño y sagaz, á arrogar oleadas de amargura sobre los personajes de nuestra historia.

D. Pedro María había caido en la cama y los médicos desesperaban de salvarlo de un ataque cerebral que lo tenía postrado, y que iba tomando los síntomas alarmantes de *un negocio concluido*, según expresión de los mismos médicos.

El Dr. Rodriguez, activo, enérgico é inteligente, luchó heróicamente contra la formidable invasión de la enfermedad; siempre listo, siempre tranquilo como el general en la comprometida maniobra, atendía á todos los detalles á todos los sintomas, y poniendo en juego todos los recursos de la ciencia; tenía la órden clara y precisa en los lábios, y la precaución y el tino necesarios en todas las peripecias; una esperanza para los débiles, y una mirada elocuente para los que tenían entereza para saber la verdad; fijó la hora de la agonía, vió venir á la muerte, y firme en su puesto, detuvo día por día y hora por hora el espíritu que se iba irremisiblemente, ¡Jamás la muerte tuvo triunfo más costoso!

Angelita enferma en su casa, no recibió la última bendición de su padre; Mercedes recibió el último aliento de

D. Pedro y oró con la efusión más tierna, con la concentración del dolor más profundo; y entre sus anteriores impresiones y dolores las impresiones de aquel trance amargo é inolvidable habíase realizado el tipo de la plegaria íntima y verdadera.

Merced era por sí sola una oración; el sentimiento había exaltado su facultad de elevar el espíritu; y Mercedes se perdía, se ensimismaba en el mundo de sus ideas, como en los sopores de esos sueños de la fiebre en que nos sumergen en profundidades de que no nos damos cuenta.

Solo la tuerta mantenia de pié la estátua de Momo en medio de aquella desolación, en fuerza de hablar, de preguntar y de meterse en todo.

En cuanto á Perez, solo diremos que había llegada al colmo de la actividad y vivía en medio de una complicación

asombrosa; partícipe en el duelo de Chucho, en la enfermedad de Elena, en la muerte de D. Pedro, en los ataques de nervios de Angelita, salía de la parroquia y entraba al panteón, llamaba médicos, iba á las boticas, curaba los cáusticos, ponía altares, llevaba santos, velaba á los enfermos, alquilaba cera y lo hacía todo por encargo de todos.

Algunos días después de estos acontecimientos, el luto reinaba en todas partes.

Elena se había casado *in extremis* y los niños Aguados habían quedado legitimados.

Perez acompañó al panteón de san Fernando el cuerpo de Elena, y lloró allí, solo, durante algunas horas.

La casa de D. Pedro María se convirtió en oratorio, pues de todas partes enviaban imágenes de santos. Los

sacramentos fueron ruidosísimos, pues hubo música y concurrencia de los hermanos de la archicofradía del Rosario.

El entierro se verificó con mucha pompa, debido á la actividad de Perez, que no olvidó detalle ni circunstancia.

En la mañana de ese día, Gonzalez acababa de perder el brazo derecho, traspasado cerca del hombro por una bala, y se había resuelto la separación completa de Angelita.

Chucho el Ninfo supo en el Tívoli de san Cosme, la hora en que sepultaron á D. Pedro María y la amputación del brazo de Gonzalez, y en lugar de arrojarse á las llamas con sus queridas y sus tesoros como Sardanápalo, Chucho se emborrachó hasta la absoluta postración y lo llevaron en la noche á su casa, ocultándolo de D. Francisco.

A las doce de la noche, todos dor-

mían en la casa de D. Pedro María. Solo Perez velaba.

Allí habían llevado á Gonzalez herido, y Perez había servido de ayudante á los médicos.

Merced rezaba aún: el sueño y las lágrimas habían huido de sus ojos.

Lectoras, Chucho el Ninfo vive: buscadlo entre la turba de pollos que os rodea; pero no creais haberos librado de él tan luego como le hayais conocido. Chucho el Ninfo existe fraccionado como los miasmas; no me pregunteis quién es, porque no es ninguno, ni os consoleis pensando que el autor de este libro forjó un Chucho imposible, no: acordaos del Chucho de esta historia y temblad ante unos labios de hombre coloreados con carmín; temblad ante esos reptiles sociales, ante esos *coralillos* de mil colores, que se introducen en vuestro hogar, para llevaros su pon-

zoña; temblad ante esos elegantes tontos cuyo valor está encomendado á Paul Bergues y á Escabasse: la alta sociedad mantiene preciosos áspides que estais expuestas á acariciar en vuestro seno, porque son muy pulcros, muy bonitos y muy dulces.

Defendeos, orugas, armándoos de la crisálida de la verdadera virtud; estudiad los vínculos morales que guardan el cubilete de la felicidad y la desgracia de la vida, y pensad ¡oh flores peregrinas del vergel de mi patria! que puede traeros un negro más allá, el día menos pensado, un emisario de la desgracia que se parezca en algo á Chucho el Ninfo.

FIN DE CHUCHO EL NINFO.

ÍNDICE

Págs.

4